

LA DIOSA QUE LLEGO DE LAS ESTRELLAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

La diosa que llegó de las estrellas

Ralph Barby

La Conquista del Espacio/468

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué rumbo llevamos?

Wei siempre hablaba pausadamente, como sonriendo, no parecía que nada pudiera inmutarle. Sus ojos pequeños, almendrados, semejaban semicerrados en su rostro redondeado; sin embargo, Wei era un hombre que estaba muy lejos de ser grueso.

—Si nadie lo remedia, nos dirigimos a la constelación del Cuervo.

Xammar era distinto. Pragmático y cínico, en muchas ocasiones mezclaba la ironía con el sarcasmo. Alto y de anatomía atlética, resultaba un ejemplar muy atractivo para las mujeres que, desgraciadamente, ahora estaban muy lejos de ellos, pues viajaban a través de los espacios siderales metidos en una nave interestelar averiada.

—Algorab —dijo Wei como meditando, acomodado en su butaca.

—¿Qué dices? —preguntó Xammar más directo, agitando su cabeza de abundantes cabellos cobrizos y brillantes.

—Algorab es la constelación del Cuervo.

—Vaya, ignoraba que supieras árabe, Wei.

—No sólo de técnica vive el hombre terrícola —respondió el oriental —. Hay que meditar, hacer poesía cuando uno se siente inspirado, tratar de ver las cosas desde otro punto de vista, buscar la belleza.

—Es posible, pero ahora no sé cómo poetizar que hemos tenido una fuga de energía. Si la fortuna no nos ayuda, esta nave se va a convertir en nuestro ataúd.

Por una escotilla apareció el tercer tripulante de aquella nave exploradora de los espacios siderales.

Gurdus resoplaba y tenía todo el cuerpo mojado de sudor. Aparte de ser un hombre corpulento, de piel algo oscura y con una musculatura capaz de impresionar cuando hinchaba sus músculos al ponerlos en tensión, le sobraban casi una veintena de kilos y él era consciente de ello.

—¿Qué tal ha ido eso, Gurdus, tenemos posibilidades?
Gurdus, que estaba ansioso de meterse en la ducha, agitó la cabeza negativamente,
—No tenemos plancha ni varilla suficiente para soldadura.
—¿No serviría el arrancar algún metal de otro lugar de la nave? —preguntó Xammar.
Wei movió la cabeza negativamente y observó:
—El agua es agua en el estanque y en el océano, pero si dejas a la rana en el océano y al tiburón en el estanque, ambos mueren. Cada cosa debe estar en su lugar.
—Sí, y si no les das agua al tiburón ni a la rana, sea del océano o del estanque, también se mueren —gruñó Xammar.
Gurdus acabó de subir a la amplia cabina y se dejó caer en una de las butacas. Bufó y preguntó después:
—¿Para cuánto nos queda?
Xammar miró sus controles y dijo:
—Llevamos una velocidad de doce mach luz de crucero con los motores parados, sólo gastamos energía para consumo interior. Con el cálculo de pérdida que tenemos por segundo, nos queda suficiente energía para accionar los motores de freno y pasar a velocidad cero.
Gurdus se puso más amarillo de lo que ya era de por si la piel de Wei.
—¿Y para hacer maniobras?
—Justo, muy justo y siempre que esas maniobras no se retrasen más de veinticuatro horas, porque la energía sigue perdiéndose. Si pudiéramos taponar con algo la maldita grieta...
—Nuestro futuro es incierto —sentenció Wei.
—¿Por qué no se lo preguntas a tus oráculos? —rezongó Xammar al oriental.
—¿Mis oráculos? —repitió, alzando ligeramente su pequeño y redondeado mentón.
—Anda, dile al telecomunicador todo lo que puedas, pide auxilio y di que vamos navegando al garete sideral. Un S.O.S. galáctico es lo que nos hace falta.
—La última colonia terrícola quedó muy atrás. Para que ellos reciban nuestro S.O.S. y puedan elaborar una respuesta, contando el tiempo que nosotros tardaremos en recibirla, habrán pasado...
—No hace falta que se lo preguntes a la computadora, ya sé que antes de recibir la respuesta estaremos convertidos en fósiles galácticos.
—Está bien, lanzaré el S.O.S., pero si alguna nave nos ayuda, perderemos el cincuenta por ciento de la propiedad de la nave, así queda estipulado en la carta de navegación interestelar, aceptada por cuantos componemos la Confederación Galáctica.
A la observación del chino Wei, Gurdus añadió con voz pesimista:

—Y, hoy por hoy, sólo somos propietarios del cincuenta por ciento de esta nave exploradora de la Pioneer Star Corporation.
Xammar, más práctico, objetó:
—Lo que quiere decir que sólo perderemos, si es que alguien nos ayuda en este aprieto, el veinticinco por ciento del valor de la nave, porque del otro veinticinco se hará cargo la Pioneer Star Corporation, para algo estamos asociados con esa Compañía. Después de todo, si ellos hubieran invertido más en la restauración y revisión de esta nave, ahora no nos veríamos en tantos apuros; pero no, la compañía va a lo seguro, nosotros hemos de poner el cincuenta por ciento del valor de la nave y además, arriesgar el pellejo, mientras que ellos, arriesgando sólo el cincuenta por ciento de una nave, subvalorada según su catálogo de precios porque ya tiene tiempo de uso, esperan beneficios.
—Pues si no nos ayuda nadie, los beneficios tendrán que esperarlos sentados —rezongó Gurdus.
—Nosotros nos llevamos la peor parte —advirtió Xammar.
Miró a Wei que abrió el canal múltiple de supra-telecomunicación y dio paso al cassette que de forma intermitente, sistemática e incansable, lanzaría el S.O.S. galáctico.
—Ya está, nuestro S.O.S. cruza el cosmos en todas direcciones.
—El ordenador irá dando nuestra posición espacial con las consiguientes variaciones que se sucedan entre llamada y llamada. Si alguien nos escucha, podrá controlar nuestro rumbo que es rectilíneo.
—Ahora ya no nos queda más que esperar suspiró Xammar—. Cuanto más tarden en captar nuestro mensaje de auxilio, menos posibilidades tendremos de salir con vida de esta aventura.
—Si perdemos toda la energía y no podemos utilizar los cohetes de frenado, ¿qué sucederá?
—Que viajaremos por el espacio como un meteorito más.
Wei opinó:
—Cruzando el cosmos a la velocidad que llevamos, sin variar una décima de grado el rumbo, es seguro que no llegaremos a un infinito, sino que más tarde o más temprano nos incrustaremos, desintegrándonos contra algún astro, grande o pequeño, pero por muy separados que estén unos de otros, el encuentro será inevitable. Quizá lo más lógico es que seamos absorbidos por un agujero negro del que ya jamás se sale.
—Bien, ya no tenemos capacidad de salvarnos por nosotros mismos, ahora sólo hay que esperar que alguien en el cosmos capte nuestro S.O.S.
Gurdus preguntó:
—¿Y si diéramos una vuelta de ciento ochenta grados poniendo proa al planeta Tierra y prosiguiéramos viaje hacia él?

—En la maniobra consumiríamos toda la energía que nos queda, no podríamos subsistir aquí dentro y cuando llegáramos a la Tierra, haría mucho tiempo que habríamos muerto por falta de la regeneración de aire y por congelación.
—¿Y las células solares? —inquirió Gurdus.
—No entrarían en funcionamiento hasta que estuviéramos cerca del Sol, es decir, a la altura del planeta Saturno. No habría salvación para nosotros y quedaríamos congelados a tan baja temperatura que bastaría que nos dieran un martillazo para rompernos como la más frágil estatuilla de cristal; además, nos incrustaríamos contra nuestro planeta, lo que podría causar daño a otros.
—Si seguimos con el rumbo que llevamos y a la velocidad de crucero con que navegamos, es posible que lleguemos a ver, todavía vivos, las estrellas de la constelación del Cuervo.
—Ver al cuervo y luego morir —gruñó Gurdus—, No, no me gusta.
—Aunque desaparezcamos en el cosmos, alguien terminará por recibir nuestra llamada aunque ya estemos muertos —observó Wei.
—Sí, ya, la compañía Pioneer Star Corporation podrá quitar nuestra ficha de su computadora de operaciones como nave desaparecida, inversión irrecuperable —gruñó Xammar—, Darán nuestros datos personales a las autoridades y nos borrarán del mundo de los vivos.
—Era un riesgo con el que contábamos —recordó Wei.
—El contenedor del núcleo de energía debió ser cambiado —protestó Xammar, de pésimo humor.
Sin inmutarse, Wei puntualizó:
—El contenedor es lo más caro de la nave si descontamos la bola de energía que va dentro de él, lo demás no es tan caro. La Pioneer Star Corporation ya ponía reparos a la inversión y si hubiera tenido que pagar un contenedor nuevo, el negocio, según ellos, no habría sido rentable.
—Esos de la Pioneer son unos explotadores —gruñó Xammar—. Has de invertir el mismo valor que ellos y jugarte el pellejo viajando por los espacios siderales y, encima, tengo que hacerlo con vosotros, en vez de estar acompañado de un par de chicas.
—¿Es que tú te crees más guapo? —preguntó Gurdus, y soltó una carcajada. Quizá fuera la última vez que reía en su vida, pero para aquellos hombres hechos a la aventura del espacio, a permanecer largos períodos de tiempo viajando sin sufrir de claustrofobia, la muerte no era lo que más podía aterrarles.
—Voy a dar yo un vistazo —dijo Xammar.
—No creo que consigas nada —replicó Gurdus.
—Saldré afuera; si me pierdo, es que he decidido morirme solo.
—Entonces, que tengas buen viaje hacia la eternidad —le deseó Wei.
Xammar descendió por la escotilla por la que aparecieron Gurdus

hacía muy poco.
La nave no era precisamente grande y gozaba de pocas comodidades para largos viajes, pero no tenían otra.
Xammar se vistió con el traje de supervivencia espacial con el Geiger de pulsera y se colocó a la espalda el automonocohete.
Pasó a la cámara de despresurización, cerró herméticamente la puerta y pulsó unas teclas determinadas.
Un manómetro comenzó a marcar el descenso de la presión del aire que era absorbido por la bomba aspiradora y que luego almacenaba en un tanque apropiado.
Al fin, se encendió el piloto verde de la escotilla que daba al exterior y una luz roja sobre la puerta del interior de la nave.
Abrió la escotilla y se enfrentó con las estrellas. Las veía a través de la mirilla de su casco espacial. No era lo mismo que verlas por el amplio cristal del mirador de la cabina de pilotaje.
La impresión era de grandeza ante lo infinito y de sensación de pequeñez ante aquellos millones y millones de puntitos luminosos que les rodeaban en todas direcciones. Era como estar inmerso en un contenedor de capacidad infinita repleto de burbujitas luminosas que casi emborrachaban.
Era una pena morir siendo tan joven y una grandeza morir entre las estrellas. Podía decirse que era una soledad completa y, sin embargo, estaban rodeados por todo el universo, con planetas desiertos y planetas habitados.
Adelantó su pie derecho y su bota quedó en el vacío sideral, pero el cable umbilical estaba como medida de seguridad.
Dio la vuelta sobre sí y pegó sus botas al casco de la nave, ya que una vez salía, quedaba fuera de la gravedad artificial que había dentro de ella.
No llevaba consigo ninguna caja de herramientas, sólo iba a dar un vistazo, un vistazo que sabía de antemano resultaría infructuoso.
Pese a que en ocasiones semejaba un niño, un niño gigante, Gurdus sabía hacer muy bien su trabajo; pero Xammar había experimentado la imperiosa necesidad de estirar las piernas, como si deseara enfrentarse a la muerte en posición vertical, en actitud de desafío, teniendo como espectadores a las miradas de ojos luminosos que eran las estrellas de la Galaxia.
Anduvo sin ninguna clase de prisa hacia la panza de la nave para ver de cerca lo ocurrido. Su traje de supervivencia le protegía contra toda clase de radiaciones.
No tardó en ver el agujero.
No era muy grande; en realidad, la culpa la tenían los micrometeoritos con que se habían rozado. Algunos de estos micrometeoritos debían haber sido suficientemente grandes como para convertirse en un

durísimo abrasivo al cruzarse en direcciones opuestas la nave y la nube de micrometeoritos.
Por si faltara algo, aquella parte de la nave ya estaba muy gastada por los muchos viajes realizados.
Un pedazo de plancha había desaparecido y podía verse el contenedor de la pila nuclear que les proporcionaba energía. Por falta de protección y seguramente a causa de contracciones y dilataciones súbitas tras el paso de los micrometeoritos, se había agrietado.
Una luz fosforescente, rojo violácea, brotaba por la grieta.
Aquella era la fuga de energía y resultaba inútil tratar de poner una capa de acero o acero plástico, porque en un plazo inferior a una hora se habría desintegrado.
La aleación metálica con que se fabricaban los contenedores para las pilas ultrapotenciales y de larga duración era muy especial y, por tanto, valiosa y difícil de obtener.
Se detuvo, mirando aquella grieta por la que fluía al espacio cósmico la energía, que era lo mismo que decir sus vidas, su sangre, su espíritu.
Cuando ya no quedara más energía, sería el fin para los tres viajeros del cosmos. El aire no se renovaría, las luces del interior de la nave se apagarían y la temperatura comenzaría a descender, congelándolos, sería la muerte lenta.
Mirando la grieta, Xammar pensó en su vida anterior. Era como si de pronto aquello se transformara en una pantalla de T.V. por la que desfilaban sus experiencias.
En aquellos momentos, le habría gustado poder llevarse a los labios un cigarrillo de mentobacco y fumarlo lenta, muy lentamente, lo mismo que se irían apagando sus vidas; mas no podía fumar, el yelmo espacial enclaustraba toda su cabeza de terrícola mortal, sólo apta para vivir en una determinada atmósfera.
—¡Xammar! ¡Xammar! ¿Me oyes?
—Claro que te oigo, Gurdus —le respondió a través del intercomunicador que llevaba incorporado en el yelmo.
—Wei quiere darte una noticia.
—Pues que la suelte —gruñó Xammar sin dejar de mirar la maldita grieta por la que se les escapaba la vida, porque los cosmonautas, cuando se lanzaban al espacio con sus naves, grandes o pequeñas, formaban un todo con ellas.
Era como si sus cuerpos se agrandasen y los ruidos de los relés, los pitidos de los paneles del ordenador, todo lo de la nave, fueran latidos de sus propios órganos. Y si la nave fallaba, ellos también fallaban.
Aquello no era como utilizar un vehículo sobre la superficie de un planeta que si se estropeaba, se salía de él, se abandonaba y el problema quedaba más o menos resuelto.

Una nave espacial era muy distinta; era como engordar el propio cuerpo, como adquirir nuevos órganos para seguir viviendo, unos órganos de los que no se podía prescindir mientras se viajaba por el espacio sideral.,
—Xammar, Xammar, ¿me oyes?
—Claro que te oigo, Wei, y algo muy raro debe de ocurrirte cuando noto emoción en tu voz.
—No sueltes los pies del fuselaje de la nave.
—¿Para esto me llamas? No te preocupes, además, llevo el monocohete. Por cierto, estoy viendo como escapa la energía —Si no llevara el traje antirradiaciones, ya me habría quemado vivo.
—Nuestro S.O.S. galáctico ha sido escuchado.
—¿Quéee? ¡No es posible…! ¿Tan pronto?
—Sí. Una nave que navega a unas dos millones de millas de donde estamos ha captado el S.O.S. y viene en nuestra ayuda.
—Eso es magnífico, es más de lo que podía soñar.
Xammar volvió a mirar hacía las estrellas, ahora con tinos ojos distintos, unos ojos preñados de futuro, un futuro que ansiaba vivir con todas sus consecuencias, saboreando cada uno de sus segundos.
Algo se desprendió de la magnitud sideral, era como un manto pesado y oscuro que podía llamarse soledad.

CAPÍTULO II

Xammar había avanzado paso a paso sobre el fuselaje de la nave hasta colocarse junto a la antena multidireccional. Desde allí, sujetado con los pies sobre el fuselaje, viajaba por debajo de un mach luz, para lo cual había tenido que consumir la mayor parte de la energía que les quedaba en los retrofrenos.
Wei y Gurdus se mantenían en comunicación constante con la nave interestelar que acudía en su ayuda y que era de gran tamaño, con un volumen casi veinte veces superior a la nave que utilizaban Xammar, Wei y Gurdus.
—¿Me oyes, Xammar? —preguntó Gurdus, que mantenía las comunicaciones con él.
—Sí, te oigo. Veo perfectamente la nave que se acerca.
—La operación la efectuarán ellos. Tienen un hangar bastante grande, pero dicen que nuestra nave no cabe dentro ya que tienen otras naves y vehículos allí guardados.
—¿Qué piensan que hagamos, que nos salvemos pasando los tres a su nave y que abandonemos la nuestra al garete en el espacio?
—No, dicen que harán lo que puedan —respondió Gurdus a través del telecomunicador—. Dicen que podemos sujetar nuestra nave sobre la plataforma de maniobras que ellos tienen sobre su nave. Poseen un

sistema de anclaje que sujetará nuestra nave y luego, ya veremos.
—De acuerdo, seguid la maniobra. Todavía no me habéis dicho quiénes son, este tipo de nave no la conozco.
—No se han identificado —le dijo Gurdus.
—Pero ¿son terrícolas o no? —insistió Xammar, mirando hacia la gran nave de color blanco anaranjado que se les acercaba.
Era una nave ancha, ovoide, con dos especies de alas gigantescas que en vez de prolongarse en horizontal hacia los costados, subían oblicuas en unos cuarenta y cinco grados a cada lado de la nave.
Mirando hacia arriba y a cada extremo de estas gigantescas alas (en las que Xammar supuso debían haber estancias) se hallaban unos enormes cilindros que podían ser los motores nucleares.
La gran nave avanzó hacia ellos con una precisión excelente.
La nave terrícola quedó entre las dos gigantescas alas y al verse allí, Xammar pudo constatar la grandiosidad de la nave que estaba tratando de salvarles, pues no menos de cincuenta metros quedaban por cada lado de la pequeña nave terrícola hasta llegar al nacimiento de las gigantescas alas de la macro-nave estelar.
La plataforma de maniobras tendría casi la superficie de un campo de rugby. Al quedar la pequeña nave sobre ella, sin que los terrícolas hicieran nada, pues todas las maniobras las realizaba la otra nave, una fuerza poderosísima, comparable a la gravedad de un planeta de las características de la Tierra, atrajo a la pequeña nave exploradora como si ésta fuera una bolita de acero y la gran plataforma, un gigantesco electroimán.
La pequeña nave quedó como pegada a la nave salvadora; pero no bastó aquello, al parecer, porque se abrieron unas trampillas y por ellas aparecieron como unos brazos metálicos y articulados que buscaron la nave exploradora y la sujetaron, dejándola bien anclada.
La nave salvadora aumentó su velocidad progresivamente. Los dos gigantescos motores colocados en los extremos de aquellas macro alas despidieron una luz vivísima y cegadora que fue perdiendo intensidad hasta transformarse en un hilo fluido iridiscente.
Xammar supuso que después de haber aminorado la velocidad para el rescate, volvía a aumentarla, lo que ignoraba era el rumbo que llevaba aquella nave, porque lo que parecía seguro era que no iban a regresarlos al sistema solar al que pertenecían.
Bastaba dar un vistazo a las estrellas para darse cuenta de que seguían rumbo hacia la constelación del Cuervo, Algorab, como la llamaba Wei dándole su nombre árabe.
Xammar anduvo por el fuselaje de la nave como si se tratara de una mosca, caminando por la superficie de una botella y descendió hasta pisar la nave extraña y lo hizo con cierto cuidado, temiendo que sus botas no se fijaran en aquel fuselaje extraño.

De pronto, de la extensa superficie de maniobras surgió hacia arriba, como un corpúsculo, una especie de garita mitad de cristal, mitad de acero. Dentro no había nadie.
No obstante, Xammar se dirigió hacia ella. Se colocó frente al cristal y un sistema de células fotoeléctricas al captar su presencia, abrió las compuertas que cerraban herméticas.
Xammar se introdujo en la cabina y ésta volvió a cerrarse. Así encapsulado, como si estuviera dentro de un ascensor, fue engullido hacia el interior de la nave.
Se vio pasando frente a varias puertas, pero a su alcance no tenía botonera alguna en la que pudiera manipular para controlar la cabina que era dirigida a distancia. Al fin, se detuvo y la puerta se abrió automáticamente.
Se encontró frente a un robotoide más alto que él, con traje espacial y botas de suelas considerables que poseían calefactores y sistemas de agarre.
Aquel tipo de robotoide era desconocido para Xammar. Su aspecto, era oscuro; su cabeza, en parte de materia transparente, estaba muy bien protegida por un yelmo que casi descendía sobre los hombros de aquella máquina autosuficiente.
Poseía tres ojos artificiales, dos para su propia autonomía y un tercero que Xammar imaginó debía enviar imágenes a distancia, por lo que era lógico pensar que él estaría apareciendo en alguna pantalla de T.V.
El robotoide más parecía un guerrero galáctico que un robot de tipo doméstico. Sus manos eran un juego de dos pares de dedos en cada una, unos dedos multi-articulados que no inspiraban confianza.
Aquellos largos dedos, con cuatro uniones articuladas, seguramente podrían descabezarle con suma facilidad si conseguían atraparle por el cuello y, la verdad, no entendía por qué pensaba todo aquello si acababa de ser salvado por quienes tripulaban la enigmática nave.
Salió de la cabina del ascensor para no tener la desagradable sorpresa de salir disparado, como metido dentro de una bala, hacia el exterior.
—¿Quiénes sois?
—Seres de paz —le dijo el robotoide con su bocina parlante—, Ha sido un placer poder atender vuestro S.O.S. galáctico.
—Llévame ante tus amos.
El robotoide no parecía dispuesto a aceptar órdenes del recién salvado, por lo que ignoró el mandato y explicó:
Trataremos de componer la avería de vuestra nave y proporcionaros energía para que prosigáis vuestra ruta.
—Eso es mucho. De no ser por vosotros, nuestras horas estaban contadas. Sin embargo, me agradaría hablar amigablemente con tus

amos —insistió Xammar, dándose cuenta de que estaba hablando al robot a través del intercomunicador que llevaba en su traje de supervivencia, y de que el robotoide le captaba perfectamente.
Había que admitir que su voz de bocina sonaba bastante normal, resultaba difícil identificarla como una voz artificial que respondía mediante un código elaborado por un ordenador que programaba las respuestas en sincronía con las preguntas que se le hacían por lo que supuso que el sistema de ordenador debía ser biónico y no electrónico.
A Xammar comenzó a fastidiarle aquella situación. Aunque estaba lleno de agradecimiento por haber sido salvado, no le agradaba tratar sólo con un robotoide que hablaba su lengua, pero que ignoraba de dónde procedía.
—Di a tus hermanos de especie terrícola que pasen a la Taz-22, Haremos cuanto podamos por solucionar vuestro problema. Todo irá bien, no debéis temer nada.
—Pero ¿quiénes sois?
—Amigos de la Galaxia, amigos, amigos —repitió el robotoide.
Xammar comprendió que si acababan de salvarles la vida, si les estaban ayudando, si decían ser amigos, no tenían ningún derecho a interrogar, y decidió armarse de paciencia.
—Wei, Gurdus, ¿me oís?
—Te oímos. ¿Todo bien? —preguntó Wei.
—Sí. Poneos los trajes de supervivencia y bajad, estaremos como en casa. No hay cuidado, ante mí tengo a un tipo estupendo, lo que no estoy seguro es si le van a gustar las chicas o no.
Como respuesta se pudo oír la voz de Gurdus preguntando:
—¿Es de aspecto mariposón?
—No, yo diría que de aspecto pesadón.
—¿Pesadón?
—Sí, más que tú. Anda, baja.
—Nosotros amigos terrícolas.
—Sí, ya me lo has dicho, pero me gustaría hablar con tus amos.
El robot siguió sin hacer caso de la observación de Xammar, pero le dijo:
—Puedes quitarte el yelmo, terrícola, la atmósfera es respirable para ti. Presión siete seis cinco; humedad, cuarenta y cinco cuatro décimas; temperatura en grados Celsius, diecinueve. Contenido del aire, setenta y ocho por ciento de nitrógeno, veintiuno por ciento de oxígeno. Existen vestigios de gases inertes como...
—Por favor, no sigas, ya me quito el casco.
Xammar se liberó del yelmo y dejó su cabeza libre. Aspiró profundamente y pudo constatar que la pureza del aire era buena. Acostumbrado a viajar en naves interestelares, advertía una

contaminación del aire con rapidez.
—¿A qué vais a la constelación del Cuervo? —preguntó Xammar.
—Misión operativa de reconocimiento.
—¿Misión operativa de reconocimiento? —repitió, algo perplejo—. Lo dices como si fuerais una especie de policía sideral.
—Misión operativa de reconocimiento —repitió el robot.
—Lo malo de vosotros los fabricados en serie es que sois irónicos y sarcásticos sin pretender serlo. Cuando os meten una frase en vuestra memoria, la repetís hasta la saciedad, incansables.
El robotoide no se movió de donde estaba, no parecía tener prisa alguna hasta que aparecieron Wei y Gurdus, ambos embutidos en sus trajes de supervivencia.
Vieron que Xammar ya no llevaba el yelmo puesto y optaron por no preguntar si el aire era respirable o no, ya que su compañero no se había caído a! suelo cuan largo era por falta de aire respirable.
—Seguidme, terrícolas.
Fueron tras el robotoide que poseía un doble sistema de avance, el de pasos y el de rodaje. Era como un terrícola calzado con patines, sólo que las ruedas de sus botas eran retráctiles, se escondían como las uñas de un felino terrícola.
Avanzando a pasos, les condujo a través de un corredor y les mostró una puerta que daba a un distribuidor donde se abrían otras cuatro puertas.
—Aquí tenéis habitáculos para descansar y servicios de, aseo y gimnasia. Cuando deseéis trasladaros a alguna otra parte de la nave, deberéis comunicarlo por el videófono. No salgáis sin acompañamiento.
—¿Debemos entender que nos está prohibido circular libremente por la nave Taz-22? —inquirió Xammar.
—Así es.
—¿Somos vuestros prisioneros? —preguntó el chino Wei con su cuidadosa y reverencial forma de hablar.
—No, no sois cautivos. Si deseáis marchar en vuestra nave, seréis conducidos a ella y quitaremos los anclajes —les dijo el robotoíde.
Si se olvidaban de su aspecto metálico y de cristal, cualquiera hubiese dicho que se hallaba ante otro terrícola.
—Un momento —dijo Xammar, antes de penetrar en uno de aquellos habitáculos.
—¿Qué deseas preguntar, terrícola?
—Sí no sois terrícolas, porque seguro que no lo sois, ¿cómo es que conoces nuestra lengua?
—Tenemos dos mil trescientas veintitrés lenguas distintas codificadas en nuestro ordenador y la traducción es simultánea
—De acuerdo, creo que no puedo poner más objeciones.

Los habitáculos eran pequeños. Tenían una litera y una pequeña pantalla sobre una mesita que nacía en la pared.
Allí no había nada más y a los terrícolas las estancias les parecieron demasiado frías. Gurdus se volvió hacia el robotoide que era tan alto como él y le dijo:
—No queremos descansar, lo que deseamos es arreglar nuestra nave. ¿Tenéis aleación para soldaduras de contenedores atómicos?
—Estudiaremos vuestro caso. Ahora, descansad.
El robotoide se alejó, dejándoles solos. Los tres terrícolas se miraron entre sí y Wei observó:
—Parece que se fían de nosotros.
Gurdus añadió:
—Pero nos prohíben que circulemos por la nave, posiblemente para que no fisguemos en sus secretos. ¿Qué crees que pueden transportar en este macro cacharro sideral?
—Lo ignoro —respondió Xammar—. Ni siquiera sabemos de dónde proceden. Bueno, creo que nos estamos preocupando demasiado, es evidente que son amigos. Nos han salvado y no debemos ser entrometidos. Yo pienso dormir, quizá luego no pueda descansar en muchas horas. Ah, y seguro que de alguna forma nos estarán observando, de modo que aunque no veamos al robotoide frente a la puerta, es inútil tratar de salir de aquí.
—Puestas así las cosas, también dormiré yo —dijo Gurdus—. Lo malo es que al despertar tendré hambre.
—Tú siempre estás hambriento, Gurdus —objetó Wei con una mueca.
—Mis casi cien kilos necesitan energía, Wei, energía, y la clase de energías que yo quiero son proteínas que se puedan mascar. Lo malo es que esos robotoides no tendrán solomillo asado con ajillos y champiñones.
—Si te conformas con un poco de aceite de engrase —rezongó Xammar.
—Si al despertar no me encontráis, es que estoy en nuestra pequeña nave donde encontraré tocino seco que morder.
—Ten cuidado, Gurdus, si deseas salir de aquí avísales antes. No me gustaría que nos convirtieran en sus prisioneros le observó Xammar.
Wei añadió:
—Quien está en su casa, primero ruega, luego ordena. Mejor obedecer que ser despedidos al espacio por nuestra descortesía.
—Tú siempre con tus frasecitas... Ciao, me voy a dormir, seguro que me despierto cuando oiga la sinfonía de mis tripas —gruñó Gurdus despojándose del traje espacial para dormir a pierna suelta.

CAPÍTULO III

Xammar se revolvió sobre la litera. Abrió los ojos con brusquedad y bostezó. El habitáculo estaba iluminado y a su derecha se hallaba el videófono.
Recordó que estaba en una nave extraña surgida de entre las estrellas para salvarles cuando él y sus compañeros ya lo tenían todo perdido.
Se sentó sobre la litera y desentumeció sus músculos; luego miró su muñeca donde llevaba el polirreloj. Tenía la costumbre de conectar el cronómetro cuando se dormía; de esta forma, al despertar, bastaba un ligero toque en uno de los pivotes del, reloj superplano y el indicador le decía las horas, minutos y segundos que había estado durmiendo. Luego, hacía la lectura del horario de vuelo, lo cual era imprescindible en la navegación sideral para imponer una disciplina al cuerpo, pues se carecía de día y noche, un ciclo telúrico que iba impreso en la memoria cromosómica de los terrícolas.
—¿Tres, cuatro, tres?
Parpadeó y agitó su mano, temiendo que su reloj, siempre perfecto, hubiera fallado. Mas no fallaba, seguía marcando horas, minutos, segundos y décimas de segundos.
Probó su acción calculadora haciendo la raíz cúbica combinada con una elevación del resultado a la décima potencia. Todo funcionaba perfectamente.
El polirreloj, que servía como cronómetro, calculadora, sextante cósmico y otras utilidades más, iba perfectamente.
Le había costado un buen dinero y se lo había regalado a sí mismo el día en que se graduara como piloto cosmonauta.
Las cifras coincidían con el horario de vuelo.
—No es posible que haya dormido tanto.
Olfateó el aire como en búsqueda de un narcótico pero el aire seguía siendo puro, por lo menos él no notaba nada raro.
Saltó de la litera y pasó a la habitación de Wei. Xammar, sin decir nada, interrogó a su compañero con la mirada y Wei asintió. Luego, alzó la muñeca en la que también llevaba un polirreloj aunque de marca distinta y dijo al fin:
—Nos han tenido dormidos trescientas cuarenta y tres horas veinte minutos.
—¿Nos han tenido, piensas que nos han narcotizado?
—Es posible, ignoro como lo han hecho, pero los Seres que han construido esta nave y que la pilotan nos superan en tecnología. Hemos caído en sus manos como conejitos en el cepo.
—¿Qué decías de conejos? —preguntó Gurdus apareciendo con los brazos en alto, desperezándose ostensiblemente, abriendo mucho su gran boca como si fuera a devorar todo el aire de la estancia.
—Este ni se ha enterado —rezongó Xammar.

—¿De qué no me he enterado? —preguntó Gurdus.
—De lo que ha sucedido —le observó Xammar.
—¿Es que ha pasado algo? Yo he dormido muy bien.
Xammar no llevaba su traje de supervivencia lo mismo que sus compañeros, de nada les servía él traje allí. Fue hacia la puerta que, daba acceso al distribuidor y quiso abrirla, pero no pudo.
—Estamos encerrados.
—¿Encerrados? —repitió Gurdus—, Ya me olía yo algo raro. ¿Es eso de lo que hablabais?
—No, Gurdus, hablábamos de que en tu vida has dormido tanto como en esta ocasión.
—Sí, creo que es cierto que he dormido como un tronco, como vulgarmente se dice.
—Eso, como un tronco, porque has estado durmiendo trescientas cuarenta y tres horas y veinte minutos —le puntualizó Xammar.
—¿Qué tonterías decís? ¡Ese tiempo no lo duerme ni una marmota terrícola!
—Pues, desde este momento te vamos a nombrar la marmota mayor de la galaxia —ironizó Wei.
—Dejaos de tonterías, ya veréis como abro la puerta.
Gurdus agarró la manecilla y comenzó a forcejear de tal forma que su rostro fue tomando color, un color cada vez más rojo.
La puerta se abrió casi violentamente, pero frente a ellos, en el corredor, estaba el robotoide. Si no era el mismo que les diera la bienvenida a la nave Taz-22, debía ser de la misma fabricación en serie,
—Deseamos que hayáis dormido bien —le dijo el robotoide.
—De acuerdo que seáis nuestros salvadores, hasta incluso buenos anfitriones, pero narcotizar a alguien en contra de su voluntad es una faena, amigo, y me gustaría decírselo a quien se esconde detrás de ti, que supongo nos observa gracias a ese tercer ojo que tienes en tu cabezota biónica.
—No ha sido nuestra intención molestaros. Precisabais descansar y no se os ha molestado —les dijo el robotoide—. Mientras tanto, hemos reparado vuestra nave y vuestra pila nuclear ha sido rellenada de contenido.
Los terrícolas se miraron entre sí. Gurdus dijo en voz alta:
—Si han hecho todo eso no tenemos por qué molestarnos.
Wei, con su calma oriental, sonriente, observó:
—De todos modos, desearíamos agradecer tanto trabajo y toda vuestra clara y buena intención hacia nosotros, unos extraños en el espacio para vuestra civilización.
—En el espacio nadie debe ser extraño, todos hemos de ser hermanos en la galaxia.

—Dejémonos de exquisiteces que al robotoide parece que también se le dan fáciles. ¿Dónde estamos? inquirió Xammar, práctico.
—Orbitando el planeta Zyzyn.
—¿Planeta Zyzyn, y dónde está eso? —gruñó Gurdus parpadeando, visiblemente perplejo.
Xammar, desconcertado pero en el fondo molesto porque los seres que habían construido aquellos robotoides no se habían dado a conocer, preguntó:
—¿Hemos de pagaros dé alguna forma el favor que nos habéis hecho?
—Nada, nada —respondió el robotoide—. No queremos nada. Vuestro problema está resuelto, podéis marcharos, terrícolas.
—Un momento si me lo permites —le observó Wei hablando, con su habitual exquisitez a aquella máquina automática y parlante, como si de un ser racional se tratara—. Acabas de decir que estamos orbitando el planeta Zyzyn, pero nosotros desconocemos ese nombre y por tanto ignoramos en qué lugar se halla.
—Es el planeta siete del sistema estelar tres B de lo que llamáis la constelación del Cuervo.
—Bueno, ya sabemos algo —aceptó Xammar—, Incluiremos estos datos en el ordenador de nuestra nave y veremos si salimos adelante.
—Si tenéis problemas y la Taz-22 está en el área de salvamento, os ayudará.
—¿Sin identificarnos? —preguntó Xammar.
—Suerte, terrícolas —deseó el robotoide, sin querer añadir nada respecto a la identificación de la nave.
—Yo tengo hambre —advirtió Gurdus.
Wei hizo intención de avanzar por uno de los costados del robotoide, pero éste, súbitamente, se echó hacia atrás con una movilidad y una rapidez que les sorprendió.
Habían aparecido las ruedas retráctiles bajo sus botas metálicas y se había desplazado hacia atrás. Su cabeza había hecho un giro de trescientos sesenta grados en torno al eje que era su cuello, un giro circular total que le había servido para calcular la distancia que le quedaba hasta la pared que se hallaba tras su complejo caparazón de metal, cristal y duroplásticos.
De los dedos multiarticulados de su zurda brotaron unos rayos en líneas poliquebradas que no se alargaban más de treinta o cuarenta centímetros pero que resultaban sumamente amenazadores.
Cuidado, terrícolas, cuidado. No avanzar por el corredor, no avanzar. Peligro, peligro.
Wei retrocedió. Miró interrogante a Xammar y éste le dijo al robotoide:
—No queremos entrometernos, no queremos pelea. Estamos agradecidos por vuestra ayuda, porque supongo que sois varios

robotoides. Sólo vamos a recuperar nuestros trajes de supervivencia para regresar a nuestra nave.
—Podéis recuperar vuestros trajes espaciales.
El robotoide dejó de lanzar sus rayos de acción disuasoria pero se mantuvo a la expectativa. Los terrícolas retrocedieron para recuperar sus trajes espaciales de supervivencia, se vistieron con ellos y los ajustaron herméticamente.
Comprobaron el perfecto funcionamiento de todo su complejo sistema de respiración, el de acondicionamiento térmico y la telecomunicación.
—¿Me oyes bien, Gurdus?
—Perfectamente.
—¿Y tú, Wei?
—Bien.
—Pues, ya que no quieren nada a cambio, mejor para nosotros. Darle las gracias a un robot resulta algo ridículo, ¿no crees, Wei?
—Nunca se sabe. Detrás de un robot puede haber una mente exquisita y detrás de un ser racional, una mente estúpida.
—Tengo que darte la razón, Wei, pero nunca me tragaré que los robotoides sean mejores que nosotros —dijo Gurdus casi con gruñidos.
El robotoide debía haber captado la intercomunicación de los terrícolas que se hablaban pese a los yelmos que les cubrían las cabezas por completo, pero el robot nada dijo.
Se introdujeron en el ascensor que se cerró y les transportó a la gran plataforma de maniobras situada sobre la gigantesca nave interestelar de origen desconocido para los terrícolas.
Cuando salieron de la cabina del ascensor, ésta volvió a introducirse en el suelo de la plataforma que ocupaba la parte central de lo que podía considerarse el lomo de la nave salvadora.
—Ya no podemos volver dentro —observó Wei mirando el suelo que había quedado completamente liso, sin fisuras, donde unos segundos antes estaba la cabina elevadora que les había transportado.
Avanzaron por la gran plataforma de maniobras que permitía que se posaran no menos de seis naves como la de los terrícolas.
Llegaron hasta su pequeña nave y se situaron por debajo de la misma para observar el agujero que antes había, causado por el roce de micromcteoritos y que había abierto uña grieta en el contenedor de energía.
—Lo han dejado perfecto —opinó Gurdus.
Por su parte, Wei dijo:
—Ha sido una labor de restauración de primera categoría.
—Vamos a ver si la energía funciona...
Subieron a la escotilla de su nave. Pasaron a la cámara de compresión y descompresión y cerraron. Regularon la atmósfera y

cuando los manómetros marcaron la presión adecuada, abandonaron la antecámara y pasaron al interior de la nave.

Sin quitarse el traje espacial, Xammar se dirigió a la cabina de pilotaje. Se colocó frente a los controles y los puso en marcha para comprobar todo el funcionamiento de su nave exploradora.

Wei y Gurdus hicieron lo propio con otros, controles. Gurdus se deslizó por la escotilla que conducía a la sala de contenedores y allí observó el contenedor de cerca.

—¿Cómo va eso, Gurdus? —preguntó Xammar por el inter-comunicador de los trajes de supervivencia.

—Ni se nota que hayamos tenido avería —respondió asombrado.

Wei inquirió:

—¿Cuánta energía tenemos?

—Los controles marcan que vamos a tope de energía.

—Por mi parte —añadió todo funciona perfectamente. En pantalla aparecerá ahora el planeta que estamos orbitando y que ese robotoide llama Zyzyn. La verdad es que hemos de estar eternamente agradecidos a quienes nos han salvado y restaurado la nave pese a que nos han mantenido dormidos mientras trabajaban.

—No sé, no sé, los regalos siempre me han inspirado recelo —dijo Xammar, dubitativo—. Un ofrecimiento de ayuda desinteresada, a la larga puede resultar más caro que una ayuda interesada desde un principio porque ya sabes a qué atenerte.

—Por mucho que tengamos que pagar, a la larga siempre será poco después de haber salvado la vida —opinó Wei.

Mientras hablaban, sin que se apercibieran de ello, los anclajes que mantuvieran sujeta la nave terrícola sobre la amplia plataforma de la Taz—22 se retiraron.

La gran nave se fue separando de la nave terrícola pulgada a pulgada sin hacer ruido, sin poner en marcha los macromotores sino simplemente unos retrocohetes de maniobras.

—¡Este planeta es azul! —exclamó Wei mirando a la pantalla.

—Lo que le falta es luz —observó Gurdus que había regresado a la cabina.

—Está demasiado alejado de la estrella de la que depende, no habrá vida ahí. Debajo de la atmósfera habrá vastas extensiones de hielo, si es que hay agua.

—Fíjate, Xammar, hay penachos de humo en distintos lugares del planeta. Debe ser rico en vida volcánica, es posible que tenga un núcleo vital muy poderoso, superior al de la Tierra.

—Ya que estamos aquí, lo observaremos.

Xammar maniobró la telecámara con el mando a distancia y observó en la pantalla.

—¡Eh, mirad, una nave!

Xammar echó la espalda hacia atrás y en tono irónico comentó:
—Son nuestros amigos los robotoides que se han alejado de nosotros. Nos han soltado la cadena, nos han liberado, ahora veremos si ellos siguen cerca de nosotros o van a otra parte. De momento, nos han dejado orbitando este desconocido planeta a la misma velocidad que ellos navegaban. Llevamos su inercia y no nos hace falta poner en marcha motores a menos que decidamos explorar el planeta.
—Sólo nos estamos preocupando de ese planeta y no comer —se quejó Gurdus—, ¿Queréis que os diga compañeros del espacio?
Xammar y Wei miraron a Gurdus interrogantes;
—Pues yo os digo que donde esté un buen asado leña, leña, no cosas artificiales, que se aparten todos los asados con microondas. Y si en ese planeta hay caza, nos merecemos lo que se dice estirar las piernas, descender y ver qué se puede comer. Hace mucho tiempo que estamos metidos en estas jaulas surcadoras del cosmos.
—¿Qué opinas, Wei? —preguntó Xammar ai compañero chino.
—Que nuestra misión es explorar, tomar muestras, codificar y trazar mapas de cuanto descubrimos para luego remitir informes a la Pioneer Star Corporation, para eso hicimos un trato con ellos. Si lo que descubramos sirve o no, es asunto suyo.
—Pues no hay más que hablar, vamos a probar los motores. Encajad vuestras posaderas en las butacas y sujetaos con los atalajes.
Cuando estuvieron listos y tras escoger un amplísimo valle del planeta Zyzyn para la toma de contacto por haberles parecido el lugar ideal, Xammar acercó su dedo índice al botón de puesta en marcha de los motores.
Ahora iban a comprobar si habían sido engañados o realmente ayudados.
Hundió el botón ancho y rojo hasta el fondo y mantuvo la presión del dedo sin vacilaciones.
La nave se movió ligeramente, se produjeron unas vibraciones. Los controles comenzaron a oscilar, adquiriendo vida propia y la nave terrícola penetró en la atmósfera del planeta Zyzyn , violándola, notando todo el calor del rozamiento, como si fuera una virgen que se resistiera a dejar hundir en su cuerpo aquella fuerza que empujaba y empujaba con toda la potencia de sus motores.
La nave terrícola comenzó a calentarse, a calentarse...

CAPÍTULO IV

—Eh, Xammar —casi exclamó Gurdus.
—¿Qué?
—¿Te has fijado en los fuegos de esa terraza natural que hay en lo alto del valle?

—Sí.
Wei, que también se había acercado, dijo:
—Parece como si nos hicieran señales para que tomaramos contacto en ese lugar.
—Somos unos completos desconocidos en este planeta, ni sabíamos que existía —objetó Xammar—, ¿Quiénes pueden querer que vayamos a visitarles?
Gurdus se encogió de hombros. Fue Wei quien opinó:
—Posiblemente señales parecidas las hicieron nuestros ancestros en el planeta Tierra cuando vieron aparecer en el espacio una nave interestelar como la nuestra.
—Pues, si nos han visto y ya nos llaman, yo diría que han sido muy rápidos —objetó Gurdus preocupado.
Wei objetó:
—Puede ser que estuvieran esperando una nave.
—Bien, vamos a descender y si la situación se pone fea, despegaremos en seguida.
—No se ve nada adelantada esta civilización, yo diría que es muy primitiva —comentó Gurdus que a través de las pantallas y gracias a los enfoques de la telecámara observaba el valle sin descubrir metrópolis avanzadas.
La nave terrícola describió un gran circuló en la atmósfera de aquel desconocido planeta llamado Zyzyn y que parecía habitado sólo en un valle, porque el resto era roca y desolación.
Se centraron sobre la gran terraza natural al pie de la majestuosa montaña que dominaba el valle. En realidad, aquella terraza estaba a caballo entre la gran montaña y un encadenado de montañas menores que se abrían a este y oeste, encerrando el amplísimo y largo valle en el que crecían los árboles y las plantas en abundancia, aunque podía decirse que toda la flora de aquel valle estaba enferma.
La gran terraza casi podía tomarse por un aeropuerto, una planicie rocosa que había sido trabajada dotándola de túmulos graníticos donde se hallaban colocados los fuegos y escaleras que ascendían desde el valle hasta la terraza que moría al pie de la gran montaña y que por su lado opuesto, es decir, por donde nacía el valle, quedaba cortada a pico en una altura de casi doscientos metros.
Anochecía y los fuegos que delimitaban la gran terraza granítica podían verse claramente.
La nave terrícola descendió en vertical, quedando quieta en el centro de la terraza como si se tratara de un gigantesco y extraño insecto que después de posarse sobre una hoja colocada en horizontal se quedara inmóvil y a la expectativa por si aparecía algún peligro.
—No veo a nadie —dijo Xammar. Se volvió hacia Wei y pidió:—¿Puedes comprobar los datos del planeta para ver si nos es

favorable?
—Sí —asintió con su sonrisa siempre ceremoniosa que no restaba eficiencia a cuanto llevaba a cabo.
—De un momento a otro aparecerán los habitantes que han encendido estos fuegos y que son como focos indicativos —observó Gurdus—. Lo que no sé es lo que harán en los días de lluvia.
—Pues se meterán en sus habitáculos y se dirán que, lloviendo, no van a recibir visitas —contestó Xammar.
Pronto, la noche se iba a cerrar. Aunque aquel planeta tenía tres lunas, no eran demasiado grandes y les ofrecerían una pobre luz de reverberación astral que sería suficiente para ver a pocos metros de distancia, pero no lejos.
Lo que los sensores de infrarrojos detectaban con gran nitidez eran los cúmulos en los que llameaban fuegos que nadie parecía alimentar.
—Siete grados Celsius, presión atmosférica siete cero uno, humedad veintidós...
—No veo naves... —dijo Gurdus.
—No las hay aquí, por el momento, existe un tiempo muy seco —le hizo observar Xammar.
—Es posible que ese picacho impresionante que domina el valle y que podría ser la montaña más alta de este planeta, fuera un volcán apagado —opinó Wei.
—No sabemos si este planeta tiene un núcleo vivo o está frío.
Wei volvió a decir:
—La gravedad es cero ochenta y nueve.
—Magnífico —aplaudió Gurdus—. Podré moverme como si pesara unos kilos menos.
—Comprueba si la atmósfera es perfectamente respirable.
—Ya se está realizando el análisis automático de la atmósfera —asintió Wei—. Yo creo que no tendremos muchos problemas, quizá haya algo de escasez de oxígeno.
No tardaron en tener el análisis de la composición del aire que resultó algo cargado del venenoso monóxido de carbono.
—Puede dolernos la cabeza —advirtió Gurdus.
Xammar estimó:
—No es un tanto por ciento peligroso.
—Creo que ha quedado algo reflejado en el video de infrarrojos advirtió Wei.
—Da marcha atrás —le pidió Xammar.
En la pantalla de control de infrarrojos vieron pasar, aunque a distancia, lo que podía ser claramente una figura humana.
—Ahí tenemos a uno. Yo, de noche, no salgo afuera.
—Sí, será mejor salir a la luz del día. La recepción nos puede ser hostil —admitió Wei.

—Lo que no sé es qué hacemos en este planeta desconocido —se preguntó Gurdus en voz alta.
—No parece que lleven armas —opinó Xammar después de ver la imagen captada por Infrarrojos.
Wei, un tanto irónico, respondió a la pregunta que se había hecho Gurdus.
—Estamos explorando los planetas que entren dentro del radio de acción de nuestra nave por cuenta de la Pioneer Star Corporation.
Antes de que el oriental terrícola pudiera continuar, Gurdus gruñó:
—Si encontramos algo bueno, la Pioneer Star se lo quitará a los nativos de este planeta y si se ponen furiosos, les regalará cristalitos de colores.
—Es posible que no sean tan primitivos —le objetó Xammar.
—Sean quienes sean, nos temen —opinó Wei.
Decidieron no abrir la puerta que daba al exterior hasta que la noche no transcurriera, pese a que podían hacerlo protegidos con el casco que llevaba visor de infrarrojos incorporado; pero, para establecer unas mejores relaciones con los habitantes de aquel desconocido planeta, era más prudente que pudieran verles a su vez.
—Quizá nos espere un día de bronca —advirtió Xammar—, Es mejor comer y descansar mientras podamos.
—¡Eh, he captado algo con el micrófono de escucha exterior! —advirtió Gurdus, contento.
—Pásalo —pidió Xammar.
Pudieron escuchar un sonido alargado, grave, profundo. Wei opinó:
—Es como si soplaran a través de un cuerno. Quizá estén pregonando a todo el valle que han llegado los terrícolas y que deben de traerles muchos regalos.
Los tres se sonrieron. Xammar decidió grabar aquel sonido para incluirlo luego en la computadora de a bordo, añadiéndole nuevos sonidos que pudieran escuchar. De momento quedaría retenido en la memoria del ordenador.
Distribuyeron la vigilancia en los monitores de control.
Descansarían pero vigilarían frente a las pantallas por si los seres de Zyzyn se acercaban a la nave, lo cual no era probable, pues parecían tenerle miedo.
Lo extraño era que aquel lugar parecía propicio para recibir naves de descenso vertical, naves que podían ser muchísimo más grandes que la nave terrícola.
Después de cenar, Xammar se tendió en su litera, pero Wei no tardó en llamarle.
—Xammar, ¿estás dormido?
—No. ¿Qué sucede?
—Tenemos un mensaje.

—¿Un mensaje, de quién? —preguntó interesado, levantándose de la litera.
Creo que de los robotoides de la Taz-22.
Gurdus roncaba sonoramente mientras Xammar se acercaba a Wei.
—¿Qué dice ese mensaje?
—Han pedido que tuviéramos el canal de telecomunicación abierto, han pasado la señal varias veces consecutivas.
—¿No han dicho nada más?
—No, escucha.
Wei hizo retroceder la cinta y Xammar escuchó:
—Atención, terrícolas; atención, terrícolas... Abrid vuestro canal de telecomunicación. Atención, terrícolas; atención...
—Lo han venido repitiendo a intervalos de un minuto y en distintas frecuencias.
—Sí, parecen las voces de los robotoides —admitió Xammar—. ¿Qué querrán ahora? ¿Habrá alguna prohibición para permanecer en este escondido planeta?
—Quizá estemos perturbando la vida de los habitantes de este lugar sin saberlo. Desconocemos su sistema ecológico y en qué podemos perjudicarles.
—O beneficiarles, quién sabe. Alguna, vez la especie terrícola habrá de ir a mundos desconocidos sin destruirlo todo como ha venido haciendo a lo largo de su historia.
—¿Qué crees que pueden querer ahora?
—No lo sé, Xammar, no lo sé —Wei movió su cabeza dubitativo—. Pero a mi me da la impresión de que en vez de venir nosotros a este planeta nos han traído ellos, es como si nos hubieran empujado hasta aquí.
—Bueno, eso no tiene mucha importancia porque nosotros ya nos dirigíamos a ésta constelación de El Cuervo,
—Es cierto, la Algorab —puntualizó Wei.
En aquel momento, entró de nuevo la voz del robotoide dentro de la nave, voz que se pudo escuchar con claridad.
—Terrícolas, como ya sabéis, os encontráis en el planeta Zyzyn de la constelación que vosotros llamáis El Cuervo o Algorab. Los habitantes de este planeta, tienen problemas, si podéis ayudarles, hacedlo como nosotros lo hicimos con vosotros.
—Un momento —pidió Xammar. Acto seguido, preguntó: ¿Por qué no les ayudáis vosotros?
No hubo respuesta, la comunicación quedó cortada. Xammar y Wei se miraron el uno al otro.
—¿Qué opinas, Xammar? —Lo que tú, Wei, que estamos aquí más por los que nos han ayudado que por casualidad.
—¿Y qué podemos hacer aquí?

—Lo ignoro, porque tampoco sé qué clase de problemas pueden tener los habitantes de Zyzyn.
—Los robotoídes parecen saber algo, aunque no han querido decirnos nada
—Quizá para que no huyamos, pero de lo que me he convencido es de una cosa.
—¿Puedo saberla?
—Claro.
Wei le miró interrogante, achicó sus ojos, almendrados haciéndolos más pequeños aún.
—¿Acaso que los robotoides están dirigidos por una mente inteligente?
—Eso es. Ellos son robots biónicos, casi humanoides bioeléctricos, un tipo de robot que nuestra tecnología aún está lejos de fabricar a juzgar por la autonomía con que se desenvuelven.
—Podrían estar teledirigidos desde un punto de la nave aunque el robot posea una capacidad de maniobras mecánicas, pero ¿quién nos puede asegurar que la voz de los robotoides no sale de una garganta humana parecida o no a nosotros?
—Sí, es una posibilidad. De este modo estaría siempre protegido tratando con desconocidos a distancia. Los robotoides siempre serían los que dieran la cara como vulgarmente se dice. La posible destrucción de un robotoide no significa la destrucción de la inteligencia que los maneja.
—Es posible que ese ser evite en lo que pueda descender a los planetas, lo que siempre significa un riesgo. Se puede contraer una enfermedad desconocida o pasar frío o calor en exceso.
—Tengo la impresión de que más tarde o más temprano conoceremos a quien se esconde detrás de los robotoides.
—¿Se lo diremos a Gurdus?
—Es mejor que dejes pasar cuarenta o cincuenta horas, ya que sabes que es muy temperamental y votaría por salir de este lugar; aunque esos robotoides nos hayan salvado la vida, no tenían por qué traernos hasta aquí para resolver un problema del que lo ignoramos todo.
—Bueno, mañana será otro día.
—Yo no tengo sueño, saldré a dar un rodeo en torno a la nave.
—No lo hagas, es muy peligroso.
—Me protegeré con el casco con visor de infrarrojos e iré armado, no me sorprenderán.
—Insisto en que es peligroso —Wei reflejaba en su rostro la preocupación.
—No temas, Wei, tengo la impresión de que no seré atacado. Los habitantes de este lugar me parecen poco evolucionados en tecnología, pero es posible que estén muy avanzados en convivencia

y en lo que en nuestra civilización terrícola hemos dado en llamar humanismo.
—Todo eso está muy bien, pero podrías esperar unas horas.
Xammar sabía que se arriesgaba, pero también sabía que no iban a poder dormir, por ello abandonó la cabina de pilotaje.
Se puso una casaca aislante del exterior y al mismo tiempo resistente a los pequeños proyectiles con un máximo de velocidad de dos mil quinientos kilómetros hora.
Se cubrió la cabeza con un yelmo protector en el que iba incorporado el telecomunicador y el visor de infrarrojos. Se ciñó el cinturón portalinterna y cuchillo y cargó en su mano un fusil corto de rayos incinerantes.
Considerándose protegido, se dirigió a la escotilla para introducirse en la cámara de despresurización. No es que tuviera que despresurizarse, sí quería tomar alguna precaución para que el aire frío del exterior no se introdujera en la nave terrícola.
El aire le llegaba ligeramente filtrado par la válvula de respiración que poseía el yelmo. Había mucha oscuridad. Mirar hacia lo alto era llenarse los ojos de estrellas.
Después pudo ver la intensa negrura de la gran montaña que, sorprendentemente, en toda ella no poseía nieve. Sin embargo, las montañas que la escoltaban y que quedaban muy por debajo de ella, sí tenían sus cumbres nevadas.
Supuso que de aquellas nieves se nutriría el amplio río que regaba a lo largo de miles de kilómetros todo aquel valle.
Por la escalerilla descendió al suelo de Zyzyn.
Sabía que había seres inteligentes no muy lejos de donde estaba, seres que podían aparecer de un instante a otro.
Anduvo por el suelo en torno a la nave, todo parecía muy tranquilo.
Desde el exterior, los túmulos graníticos con las fogatas encendidas se veían más pequeños y más distanciados entre sí.
Había dejado la puerta de la nave cerrada para que nadie pudiera introducirse sorpresivamente.
Avanzó hacia el abismo, hacia donde aquella especie de terraza mitad natural mitad artificial quedaba cortada en una verticalidad absoluta y sin baranda alguna.
Manejó su linterna enviando el potente haz de luz hacia el fondo del abismo. Sólo gracias a la gran potencia que tenía aquella pequeña linterna, la luz consiguió llegar al fondo sin dispersarse y pudo ver el brillo del agua. Allí parecía nacer el río que daba vida al valle.
—Cuidado, Xammar, a tu derecha —advirtió de pronto Wei.
Se volvió rápidamente, la llamada de Wei había sido una advertencia.
Su mano manejó la linterna y el haz de luz fue enviado hacia el ser que allí estaba, un ser que quedó cegado por la intensa luz con que lo

iluminó el terrícola recién llegado de las estrellas.

CAPÍTULO V

Xammar no estaba seguro de si lo que estaba viendo a través del visor del yelmo que a su vez le proporcionaba visibilidad de infrarrojos sin alterar la visión normal, era una realidad o una ilusión óptica.

No cabía duda de que la imagen que se hallaba situada a algo más de una treintena de pasos era la de un ser humano, una mujer joven de cabellos áureos y largos, una mujer vestida con una túnica blanca.

Aun a distancia, a Xammar le pareció que aquella visión era lo más hermoso que había visto en su vida.

Xammar cambió un resorte de su linterna y la luz, de ser focal y unidireccional, pasó a ser difusa, iluminando una amplia zona para no molestar a los ojos de aquella joven mujer que no se movía de donde estaba.

Debido a la luz difusa, ya no podía verla con tanta perfección a la distancia que se hallaba.

Xammar avanzó hacia ella sin prisas, como temiendo asustarla y que la imagen se difuminara hasta desaparecer, pero la mujer no se movió de donde estaba.

Xammar escuchó dentro de su yelmo la voz del oriental Wei que le llegaba a través del micro emisor.

—Ten cuidado, Xammar, es una desconocida para nosotros.

—Sí, una desconocida, pero muy hermosa.

—Como una llama de fuego dentro de una chimenea hogar; sólo hay que contemplarla, porque si la tocas te quemas.

Xammar llegó a pensar que había ocasiones en que no parecía tan malo quemarse, quizá era un pensamiento de mariposa que sucumbe abrasada en la llama que la atrae con su color, con su belleza.

Llegó hasta la figura femenina que no se movía. Xammar se había colocado el subfusil incinerante colgado del costado apuntando al suelo para no provocar intimidación ni amenaza.

Xammar disminuyó la potencia de la luminosidad de su linterna debido a la proximidad a que se hallaba la joven. Tan sólo un paso les separaba, podía extender su mano y tocarla, pero temía que, de hacerlo, ella pudiera desaparecer, desintegrarse.

La joven era alta y estilizada, no tan alta como Xammar, pero sí considerablemente alta si se la comparaba con una mujer media terrícola.

El cabello era muy lacio, abundante y sedoso. Le cubría parte de la frente pero no ocultaba los grandes ojos de rabillos rasgados hacia arriba, unos ojos de tonalidad esmeralda que en ocasiones se hacían iridiscentes.

Su nariz era apropiada a aquel rostro ovalado, en el que también destacaba una boca de labios no muy grandes y sí tremendamente sensuales, sin embargo, no había provocación en ellos sino un ligero temblor que también podía notarse en sus ojos.
La joven levantó sus manos y las acercó al cristal del yelmo que cubría la cabeza de Xammar. Lo acarició, cómo comprobando que lo que veía era una realidad.
Para tener las manos libres, Xammar dejó colgada en su cinturón la pequeña pero potentísima linterna y se quitó el yelmo mostrando su cabeza de terrícola a aquella joven que acababa de encontrar en un planeta desconocido llamado Zyzyn. Xammar pudo ver entonces unas lágrimas en los ojos femeninos.
—¿Qué te sucede?
—¡Habéis venido!
—¿Sabes quién soy?
—No, pero habéis venido.
—Soy terrícola y me llamo Xammar.
—Yo, Eskada.
—¿Qué es lo que os ocurre?
—Nos ayudaréis, ¿verdad?
—¿Ayudaros, en qué?
La bellísima Eskada, cuyas redondeces femeninas la túnica no conseguía ocultar y apenas disimular, retrocedió un par de pasos.
—No te voy a hacer daño. Quiero ser tu amigo, Eskada.
La joven siguió retrocediendo, dio media vuelta y echó a correr con una ligereza que sorprendió a Xammar que no esperaba aquella reacción. La túnica no pareció limitar la velocidad de sus piernas.
Xammar avanzó hacia ella y tendió su mano como para alcanzarla.
—¡Xammar, no la sigas, puede ser una trampa! —advirtió Wei que desde el interior de la nave contemplaba aquel encuentro.
Xammar apenas pudo escuchar la voz del oriental terrícola que sonaba en el interior del casco. Cuando quiso darse cuenta, la figura de Eskada había desaparecido por uno de los lados de la amplísima terraza, dando vuelta por uno de los túmulos que llameaban.
Xammar siguió tras ella y descubrió una escalinata que descendía hacia el valle. Utilizó su linterna para buscar a Eskada y ya no la vio.
Aquella larguísima escalera había ocasiones en que se pegaba a la pared de la montaña y ésta podía tener innumerables oquedades o cuevas por los que la joven podía haber desaparecido.
Xammar sintió una fuerza visceral que le empujaba a correr tras aquella desconocida joven llamada Eskada, pero también el instinto de supervivencia le hizo detenerse.
La voz de Wei volvía a llegarle a través del casco que tenía en la mano.

—Xammar, no te alejes. Este planeta nos es desconocido, hay que tomar precauciones.
Se volvió a colocar el yelmo, cubriendo su cabeza, y admitió:
—Si, hay que tomar precauciones, pero...
Pensó en los ojos de la joven, en las lágrimas que habían brotado de ellos y en el temblor de sus labios que hubiera deseado besar.
Suspiró profundamente, luego miró en derredor suyo a través del visor de infrarrojos y sólo descubrió las hogueras que se hallaban sobre los túmulos que delimitaban la amplísima terraza sobre la que se había posado la nave.
Regresó al interior de la nave. Wei lo observó con atención y admitió:
—Es hermosa.
—Nos ha pedido ayuda.
—Lo he oído, pero una norma sagrada cuando se visita un planeta desconocido es la de desconfiar y razonar cada uno de nuestros movimientos.
—Creo, Wei, que hemos de hacer algo en este planeta, aunque todavía no sé lo que es.
—Lo que tenemos que hacer es una exploración de la flora, la fauna y esencialmente de las posibilidades mineralógicas que es lo que interesa a la Pioneer Star Corporation para la que trabajamos.
—No trabajamos «para sino con» la Pioneer Star, que es distinto, tenemos autonomía propia.
—Sí, autonomía propia, pero esto no es un viaje de placer a través de las estrellas. Tenemos que conseguir posibilidades de rendimiento para la Pioneer, hay que descubrir algo que sea rentable.
—A esta distancia de nuestro planeta, ¿qué podría ser rentable? Sólo el transporte, lo encarecería de tal forma, que dejaría de ser rentable.
—Quién sabe. Es imposible predecir lo que se puede llegar a encontrar en un astro desconocido. Pudiera ser algo de pequeño tamaño pero muy valioso. Nosotros tenemos una lista de lo que la Pioneer Star Corporation considera valioso.
—Si algún día encontramos un tesoro en algún lugar perdido de la Galaxia, es posible que no demos cuenta a la Pioneer Star.
—Lo sabrá, tiene su servicio montado. Nos eliminarían si no lo hiciéramos, es mejor cobrar el tanto por ciento.
—Sí, el veinticinco por ciento para nosotros tres y el setenta y cinco para la Pioneer Star; en cambio, a la hora de la inversión, el cincuenta por ciento para nosotros y él cincuenta para la Pioneer, y, por si fuera poco, los riesgos los corremos nosotros.
—Así han sido siempre los tratos en nuestra civilización terrícola, Xammar, no sé de qué te extrañas.
—Es cierto, lo que sucede es que cuando llevas mucho tiempo viajando por entre las estrellas, te olvidas del mundo al que

perteneces y de sus pequeñas y grandes miserias. No viajamos por el cosmos en busca de amigos, sino a ver qué encontramos para que el poder económico de la Pioneer Star Corporation siga engordando.
—¿Estás arrepentido de este viaje?
—No, Wei, no. Para mí es vital viajar por el espacio a la búsqueda de mundos nuevos. No me hagas caso, me siento un poco raro.
—Ha sido la visión de esa extraña mujer la que te ha dejado así como estás.
—Tú lo has dicho, extraña y bellísima. Por cierto, que me ha hablado en nuestro idioma o quizá yo lo he creído así, y lo que he hecho ha sido captarla telepáticamente.
—Cuando te comunicas con un ser de otro planeta es difícil saber si te comunicas con él hablando o por telepatía; lo cierto es que cuando hablamos, al mismo tiempo enviamos el mismo mensaje telepáticamente, ya que nuestro deseo es comunicarnos.
—¿Wei, tú no te pierdes nunca por un sentimiento, por una sensación?
El oriental terrícola sonrió con una sonrisa cargada de milenios.
—Sí, me pierdo por la belleza.
—Eskada es terriblemente hermosa.
—Lo sé, la he visto. También puede ser muy bella una flor o un conjunto de estrellas, todo depende del momento en que estemos frente a lo que consideramos bello y la actitud que tengamos hacia lo que nos gusta, nos atrae —Suspiró y aconsejó:— Es mejor que sujetes tus sentimientos, Xammar. Cuando aparezca el sol que ilumina este planeta llamado Zyzyn, puede que lo veas todo de distinta forma, estarás más calmado.
—No lo creo. Esa mujer me ha impresionado por su hermosura, por su tristeza.
—Lo cierto es que hace demasiado tiempo que no tenemos compañía femenina y todos los hombres acusamos esta ausencia, lo que sucede es que para unos esta falta de contacto es más fuerte y dolorosa que para otros. Tú eres lo que en fauna podría llamarse un dominante nato y los dominantes suelen rodearse de hembras.
—Soy de una civilización monógama, no sé por qué hablas de hembras en plural —le objetó Xammar con sorna.
—Pertenecemos a una civilización monógama por necesidad social. Creo que un gran tanto por ciento de los varones terrícolas no son monógamos, pero las circunstancias y las leyes son las que imponen y someten. Sabes que a lo largo de la historia los conquistadores aventureros que han viajado a países lejanos han pasado grandes carestías de afectos y contactos con mujeres, pero cuando los han conseguido, siempre se han destacado como polígamos sin remedio. Viajar por el espacio en busca de aventuras, de emociones, de

posibles encuentros con seres extraños y de tesoros desconocidos, es amor a la aventura.
—No sigas, Wei, no sigas, vas a terminar diciéndome que el premio al éxito de una aventura es gozar del favor de las mujeres.
—No he dicho tanto.
—Regresar a la más cercana para nosotros colonia terrícola representa un viaje muy largo a través del espacio. Sí, quizá esté notando la falta de una presencia femenina. Dicen que cuando se pasa mucho tiempo sin esa presencia femenina cualquier mujer, por fea que sea, puede parecemos hermosa.
—En este caso, no has sobrevalorado a la mujer que hemos visto, es realmente hermosa, aunque mi apreciación personal no sea igual a la tuya, y que Eskada más parece una mujer de tu raza que de la mía.
—Pero no te molestaría encontrar a una chica como Eskada para hacerle compañía y otras cosas más, como acostarte con ella, por ejemplo.
—Por supuesto, mi raza oriental siempre ha sido prolífica, pero somos menos impulsivos que los occidentales terrícolas.
Xammar miró su reloj de pulsera y exclamó:
—Diablos, cómo ha pasado el tiempo hablando. Pronto nacerá el nuevo día en el valle del planeta Zyzyn. ¿Qué vamos a encontrar?
—Problemas —respondió Wei, como adivinando el futuro, un futuro que estaba a punto de echárseles encima.
Por el horizonte, una ligera línea grisácea indicaba ya la amanecida. Un mundo nuevo estaba levantando el telón de las tinieblas frente a los ojos de los recién llegados del espacio.

CAPÍTULO VI

El nacimiento del nuevo día en el planeta Zyzyn resultó deprimente.
La estrella que lo iluminaba no llegaba a ser roja, pero su luminosidad, con mucho, era inferior a la que ofrecía el sol que daba vida al planeta Tierra.
Por otra parte, el planeta estaba bastante alejado de su estrella-sol y de no haber sido por el gran poder térmico que encerraba dentro de sí mismo y que provenía de su núcleo, habría sido un planeta eternamente helado e inaccesible a la vida.
Lo que sí parecía era que aquel sol iba a dar una pobre vida al planeta y así era, efectivamente, ya que sólo parecía tener flora y fauna aquel larguísimo valle protegido por las montañas y que nacía al pie del gran monte que, paradójicamente, ahora semejaba más negro, más siniestro que durante la noche misma, contrastando con las otras montañas de cumbres blancas.
—Parece que todo va bien, es un planeta muy tranquilo —opinó

Gurdus después de hacer sus abluciones matinales y acercarse a la cabina de pilotaje de la nave, mirando hacia el exterior.
—Sí, todo parece muy tranquilo —aceptó Wei—, pero es un planeta con poca vida.
—¿Qué tal, Gurdus, has dormido bien? —le preguntó Xammar.
—Sí. Cuando de un poco más de luz este sol, saldré afuera a estirar las piernas.
—Este sol no brillará mucho más de lo que lo hace ahora —advirtió Wei. Seguía frente al panel de sensores y estaban midiendo la intensidad de aquella estrella en torno a la cual giraba el planeta Zyzyn.
—Pues es una pena. ¿Es que en este paralelo del planeta es invierno?
—No, no es invierno, lo que ocurre es que este sol no brilla como el nuestro y este planeta está demasiado alejado de él para tener una vida aceptable.
—¡Eh, mirad! —pidió Xammar extendiendo su mano hacia un lado.
Al tiempo que miraba con sus ojos almendrados en la dirección que se le indicaba, Wei movió por control remoto la telecámara y en la pantalla de la cabina apareció lo que estaban viendo con los ojos, pero con más detalle gracias a los aumentos del objetivo que poseía la telecámara.
Gurdus observó:
—Son los habitantes de este planeta que vienen hacia nosotros.
—Parece una procesión —opinó Xammar.
—Yo diría que es un recibimiento. Es como si nos hubieran estado esperando largo tiempo y al vernos llegar, porque nos han visto, vienen a recibirnos y a saludarnos.
—Eh, me parece que hasta nos traen ofrendas, será divertido —dijo Gurdus, que miraba directamente a quienes llegaban.
—Xammar...
—¿Sí, Wei?
—Mira a la pantalla.
—Sí, ¿qué pasa?
—Fíjate en estos seres, hombres y mujeres.
Xammar siguió la indicación de Wei. En la pantalla podían verse bien aquellos seres que vestían túnicas, algunos incluso llevaban capas de pieles. Podía decirse que su civilización era aún rudimentaria en cuanto a tecnología se refería. Estarían en la era del descubrimiento de los metales y del tejido, no más.
En cuanto a sus formas físicas, eran idénticos a los terrícolas con sus variantes de color de cabello, aunque predominaban los rubios, tanto en hombres como en mujeres. Podía decirse que eran más bien altos y muy delgados.

Lo que Wei quería hacerle observar, Xammar lo comprendió de inmediato al quedar centrados en pantalla tres rostros por el propio Wei que seguía manejando la telecámara por control remoto.
—¡No es posible!
—Lo que estamos viendo a la luz del día no engaña, Xammar.
—¡No es posible! repitió—. Son seres depauperados, seres que parecen enfermos, raquíticos y pellejudos.
—Es cierto, así son. Están muy lejos de la belleza de la que hablábamos esta madrugada.
—Pero ¿y Eskada?
—Eskada pudo ser una ilusión en la noche de un planeta desconocido.
—No hagas poesía, Wei, esto no tiene gracia.
—Quizá Eskada sólo exista en nuestra imaginación.
—¡No es cierto! Yo la vi tan cerca como lo estás tú ahora; ella me tocó, vi lágrimas en sus ojos.
—La noche es muy traidora y las primeras emociones pueden ayudar a confundirnos.
—No, no puedo aceptar lo que dices. Vi a Eskada y estoy seguro de que no era una ilusión. Era una mujer bellísima, no tenía el aspecto deplorable que ofrecen esos seres.
—Si fueran terrícolas diría que están enfermos, que su alimentación ha ido perdiendo calidad; claro que siendo de este planeta desconocido, tal vez sea su estado normal.
—Pues cuando me vean a mí se van a asustar —gruñó Gurdus.
—Tan corpulento y lustroso, sabrán enseguida que no eres de este planeta, no hay peligro de que te confundan con uno de ellos —dijo Wei.
—Lo tomas todo con mucha naturalidad, Wei.
—Así debe de ser. No sería la primera vez que alguien hipnotizase de una forma u otra o simplemente sugestiona para que le vean como desea ser visto, sin corresponder a su realidad física.
—¿Quieres decir que Eskada es una mujer como esas que están ahí y que me sugestionó para que yo la viera como la mujer más bella que he visto jamás?
—Es una posibilidad. Pueden estar muy atrasados tecnológicamente, pero quizá estén por encima de nuestros conocimientos en cuanto a poder mental se refiere. Sabemos que hay civilizaciones que en vez de evolucionar por la tecnología lo han hecho a través del poder de su mente.
—De todos modos, iré a ver si es que ahora también pueden sugestionarme.
—¿Vas a salir ahora mismo? —preguntó Gurdus.
—Sí.

—Te acompaño. No creo que lleguen a morderme, aunque tienen cara de pasar mucha hambre. Esperemos que no sean caníbales.
—No parecen en absoluto belicosos —opinó Xammar.
Wei propuso:
—Yo me quedaré aquí, vigilando. Si se abalanzan sobre vosotros, con el cañón disuasorio los haría retroceder.
—Bien, vigilad, pero insisto en que no parecen belicosos. Esos seres creo que vienen a pedir nuestra ayuda.
—No llevan lanzas, porras ni nada que se le parezca, sino fardos y bandejas —observó Gurdus.
—Salgamos. Ellos se han detenido, no avanzan más hacia la nave —indicó Xammar.
—Coge tu subfusil —le pidió Wei.
—No, no hace falta —rechazó Xammar.
—Esperemos que así sea —rezongó Gurdus. Y cerró sus puños, grandes y demoledores—. De lo contrario, tendría que emplear éstos.
Abrieron la puerta de la nave y se extendió la escalerilla de acceso. Ninguno de los dos ni siquiera se había puesto yelmo. Iban con las cabezas desnudas y con la ropa normal.
Rápidamente, nada más aparecer, las miradas de los seres de Zyzyn se centraron en los dos terrícolas que avanzaban hacia ellos y se detuvieron como a tres o cuatro pasos de distancia.
De pronto, un anciano, tan demacrado y anémico de aspecto como el resto pero con una barba que era blanco amarillenta, dijo algo en voz alta y muy grave, algo que no entendieron.
De inmediato, todos aquellos seres se arrodillaron e inclinaron sus cuerpos en actitud reverencial hacia los recién llegados.
—Por favor, pónganse en pie —pidió Gurdus—, Nosotros no somos dioses.
—Todos los que llegáis de las estrellas sois dioses —les dijo con voz clara y perfectamente inteligible.
—Si comprendéis nuestra lengua, levantaos —pidió Xammar, más enérgico.
El viejo volvió a decir algo que los terrícolas no entendieron y todos se levantaron. Después, el anciano se encaró con Xammar.
—Soy Frixo, el rey de un pueblo que se extingue. Los animales, las plantas, los árboles, todo muere en este valle que fue floreciente y que pronto quedará como las tierras desérticas y yermas que habréis visto al otro lado de las montañas, ya que a vosotros os es dado venir desde el cielo y tenéis el poder de ver desde lo alto como si fuerais pájaros.
Ambos terrícolas se sintieron incómodos ante semejantes palabras. Ellos sabían que su única superioridad sobre aquellos seres, aparte de estar mejor de salud, era la de poseer una tecnología más

evolucionada, una tecnología que ellos alcanzarían al cabo de milenios por ley natural de evolución, a menos que sé extinguieran como estaban aventurando.
—¿Nos esperabais?
—Siempre estamos esperando la visita de los dioses y de los hijos de los dioses, por ello mantenemos encendidos los fuegos de la gran terraza en la que os dignáis posaros con vuestro carro de fuego.
—Pues nosotros no sabíamos que íbamos a venir —dijo Gurdus, casi socarrón.
—Hemos elevado nuestras oraciones a las estrellas, hemos hecho sacrificios para invocaros y habéis llegado. Ahora os traemos presentes que deseamos os complazcan.
Frixo, el rey de los seres del valle del planeta Zyzyn, se apartó y los demás que iban en el cortejo se adelantaron y fueron depositando en el suelo fardos y bandejas que contenían frutas, diversos vegetales y algunos pequeños animales desconocidos para los terrícolas pero que supusieron eran aptos para la alimentación.
Después, se acercaron dos muchachas jóvenes pero que por su aspecto nada tenían que ver con Eskada. Ambas llevaban collares hechos con eslabones de oro y un medallón en el que estaba labrada una rudimentaria nave espacial. Gurdus y Xammar lo observaron y el primero opinó:
—No cabe duda de que han visto naves espaciales antes.
—Creo que nos confundís, venerable rey Frixo —le dijo Xammar.
—No, no nos confundimos porque vosotros habéis llegado de las estrellas en vuestro carro de fuego. No hay confusión posible.
Convencido de que no lograría hacerles cambiar de idea respecto a que ellos habían llegado porque tenían que llegar y no gracias a las invocaciones que habían hecho, Xammar les dijo:
—Aceptaremos vuestros presentes, pero no deberéis tratarnos como a dioses porque no lo somos. Nos molestará mucho que os inclinéis ante nosotros.
—Vuestras palabras son órdenes para nosotros —respondió el anciano con voz grave y pausada.
—Ahora, si me dices dónde está Eskada...
—¿Eskada? —el rostro del anciano se tornó lívido y también palidecieron quiénes le acompañaban en el cortejo de recepción. El nombre de Eskada pasó de boca en boca. .
—¿Qué es lo que ocurre, quién es Eskada? —preguntó Gurdus que no estaba al corriente de lo sucedido la noche anterior.
—¿Dónde está Eskada? —el anciano Frixo inició su respuesta en tono de pregunta y prosiguió: —No podemos decirlo porque no lo sabemos. Vosotros podréis encontrarla cuando lo deseéis.
Xammar dedujo que no era oportuno insistir preguntando por la

bellísima Eskada que se le apareciera la noche anterior y que si bien de estatura era igual a los seres que tenía delante, nada tenía que ver con su aspecto físico, aparte de la túnica que sí era parecida a la que usaban algunas de las mujeres del planeta Zyzyn; pero su belleza, su cuerpo esbelto, elástico y terso, en nada se parecían.
—Y bien, ¿cuál es el problema que os agobia?
El rey Frixo avanzó hacia el borde de la gran terraza y Xammar le siguió. Gurdus prefirió quedarse junto a los regalos que habían quedado depositados en el suelo, como si los terrícolas fueran embajadores de los dioses o emisarios de un poderoso imperio lejano.
Xammar pudo ver el valle oscuro a la luz mortecina de un sol rojizo y pobre que iluminaba el desconocido planeta.
—Este valle es nuestro reino. No es muy amplio, pero sí muy largo; el final del mismo llega adonde las aguas del río mueren en las grandes aguas.
Xammar supuso que se referirían a un mar u océano.
—Sí, un valle largo, y veo que tendrá de dos a diez mil kilómetros de ancho.
—El valle se muere, los árboles se mueren, los pájaros ya no remontan el vuelo y nosotros moriremos también.
—Pero ¿por qué, qué es lo que hace que todo muera?
—Nos robaron el espejo del sol.
Por un instante Xammar se preguntó si lo que acababa de decirle el anciano era una metáfora o una realidad.
—¿El espejo del sol, dices?
El rey Frixo se volvió y su sarmentoso índice señaló la imponente montaña negra cuyo picacho se elevaba muy por encima de todas las demás que formaban cordilleras a derecha e izquierda, configurando, el valle.
El agua semejaba surgir de entre las piedras que formaban la pared que sostenía la terraza. Al fondo se creaba una laguna de la que partía el río que regaba el valle.
—El espejo estaba allá en la cumbre desde que lo colocaron los dioses para que nuestro pueblo sobreviviera.
—¿Un espejo, allá arriba?
—Sí, en la cumbre, inaccesible para nosotros pero no para los traum.
—¿Los traum, quiénes son los traum?
—Los seres que viven al otro lado de las montañas, en inmensas galerías bajo el suelo. Su imperio es inaccesible para nosotros.
—¿Son los traum vuestros enemigos?
—Nos hemos evitado siempre; no somos hermanos, pero ellos nos han querido hacer mucho daño arrebatándonos el espejo de nuestro sol.
—¿Seguro que se lo han llevado ellos?

—Sí, sólo ellos se lo han podido llevar y sin el espejo, desde que el sol palideció, será nuestra agonía hasta la total desaparición.
Xammar, pensativo, miró el picacho oscuro que dominaba su entorno y que debía verse desde todo el valle.
—Los traum no son iguales a vosotros, ¿verdad?
—No, no lo son. Nosotros vivimos en el valle al aire libre, aunque dormimos en nuestras cabañas, pero los traum viven siempre bajo el suelo de sus galerías.
Xammar concentró su mirada en lo alto del picacho y se preguntó cómo podrían haber instalado allí un espejo solar y también cómo podía ser arrebatado y, al mismo tiempo, qué clase de espejo podía ser para que diera vida al valle.
Todo aquel cúmulo de preguntas, por él momento, carecía de respuesta.
—Pero, ¿ese espejo era realmente vuestro y no de los traum?
—Los dioses que llegaron hace mucho tiempo, cuando mis abuelos no habían nacido aún, lo colocaron en la cúspide del gran monte.
—Recoged vuestras ofrendas y lleváoslas.
—¿Las despreciáis?
—No, no es eso. Las aceptamos simbólicamente, pero preferimos que las repartáis entre vuestro pueblo, así estaremos más contentos, aunque sí me gustaría que me entregarais otro medallón como ése para otro hermano nuestro que está dentro del carro de fuego.
El rey Frixo asintió con la cabeza y se alejó hacia los suyos. Xammar le siguió hasta llegar junto a Gurdus.
—Tomad, entregadlo a vuestro hermano.
El rey Frixo les tendió un collar de eslabones de oro con el medallón labrado que representaba una nave espacial que, si no era exacta a la terrícola, podía parecérsele.
—Gracias en nombre de nuestro hermano. Ahora veré lo que ha sucedido en lo alto de la montaña.
—Sí, la Montaña Negra del Espejo del Sol.
A Xammar le pareció que habían dado un nombre demasiado largo a aquel picacho que todo lo dominaba desde su alta cúspide.
Regresaron al interior de la nave pero los seres de Zyzyn no parecían dispuestos a marcharse aún. Wei le preguntó a Xammar:
—¿Qué es lo que piden?
—Tienen un problema, les han robado lo que ellos llaman el espejo, del sol que les da vida. Parece ser que ese espejo ayudaba a que el valle siguiera vivo. No lo entiendo aún, pero quizás encontremos una explicación. Ah, esto es para ti; ellos nos toman por dioses venidos de las estrellas.
Wei tomó aquella cadena de oro de la que pendía el grueso y gran medallón y sonrió, satisfecho.

—Es hermoso.
Mientras, Xammar se proveyó de la chaqueta que le iba a aislar del frío. Se ajustó el cinturón, se colocó el yelmo que le protegía la cabeza y se sujetó a la espalda el monocohete autónomo con las correas de nylon.
—¿Adonde vas?—preguntó Gurdus.
—A lo que ellos, pomposamente, llaman la Montaña Negra del Espejo del Sol.
Abandonó la nave y ya apartado de ella, frente a los ojos muy abiertos de los seres de Zyzyn, puso en marcha el monocohete. Se elevó y aquello fue algo espectacular para quienes le contemplaban, pese a que no era su intención asombrarles ni demostrarles que su poder era superior al de ellos.
Xammar ascendió entre la atmósfera del planeta, ligeramente en oblicuo. Mientras lo hacía, observó la pared de la montaña negra.
Era una pared muy lisa, con escasos salientes, inexpugnable salvo que se poseyeran medios apropiados o los que iniciaran el ascenso fueran expertos escaladores. Y aun así, resultaba muy difícil alcanzar la cumbre por la endiablada altura que poseía aquel picacho.
No tardó en ver, por debajo de él, las cumbres nevadas de las otras montañas que servían de corte al gigantesco picacho negro.
El monocohete respondía bien y ante los ojos asombrados de los seres del valle, Xammar llegó a la cúspide, aunque desde la gran terraza donde tomaban contacto las naves interplanetarias, sólo se podía ver el puntó luminoso del mono-cohete debido a la gran distancia.
Xammar descubrió entonces una amplia oquedad, cóncava y ovoide al mismo tiempo.
—¿Será esto?
Se introdujo en la oquedad y cortó la propulsión del monocohete. Se agarró a la pared y miró hacia atrás, el abismo era escalofriante.
Desde donde estaba, podía ver la amplísima terraza y también la nave interestelar, pero a los seres de Zyzyn ya no los alcanzaba a distinguir.
Corría el riesgo de caer desde donde estaba, ya que el espacio para situar los pies y mantener el equilibrio era pequeño, pero sabía que si caía podía conectar el monocohete y volver a subir, lo que evitaría su muerte.
Aquella oquedad cóncava estaba prácticamente en la cúspide de la gigantesca montaña negra. Observó las paredes con atención y descubrió como unas grapas metálicas clavadas a la roca y que debían de servir para sujetar algo.
Xammar observó con mucha atención aquellas agarraderas metálicas que parecían muy duras y no oxidables, lo que indicaba que quienes

las habían colocado en aquel lugar eran seres evolucionados tecnológicamente.
En la oquedad había cientos de aquellas grapas o enganches metálicos que parecían colocados como para engarzar piedras; recordaba lo que en miniatura podría ser un broche de adorno repleto de pequeña pedrería, pero los engarces que tenían unos tornillos de palometa para ajustar y hacer presión estaban sueltos, nada había que aprisionar.
Xammar no comprendía bien todo lo que allí había ocurrido. Era evidente que los seres que habían ido a recibirles a la terraza no habían llegado hasta aquel lugar tan inaccesible.
Para ellos era materialmente imposible alcanzarlo, sin embargo, allí había habido algo que ellos llamaban el espejo del sol y que ya no estaba, sólo existían los agarres metálicos, sujetos a su vez a la pared pétrea.
Apenas tenía un paso de espacio libre para moverse y el suelo era inclinado, con más de aquellos agarres metálicos.
Buscó en derredor suyo algo que delatara la presencia de seres allí arriba, pero resultaba muy difícil. Era una roca demasiado dura para que quedaran rastros.
De lo que no cabía duda era que allí había habido algo que había desaparecido y que su ausencia había afectado profundamente a la vida del valle.
Se volvió y comprobó que desde aquella oquedad se dominaba todo el valle en kilómetros y kilómetros. Si allí hubiese podido colocar un foco atómico de gran potencia, hubiera iluminado todo el valle en el que vivían y evolucionaban aquellos seres de aspecto enfermizo que suplicaban ayuda.
Sin recurrir al monocohete, agarrándose con las manos, notando la frialdad del aire pero no la de la piedra, pues parecía que del interior de la montaña emanaba calor como si se tratara de un volcán en estado latente, subió hasta la cúspide misma y sobre ella miró hacia el otro lado de la montaña.
Divisó un vastísimo panorama desértico. La vida no existía al otro lado de las montañas, sin embargo, el anciano rey Frixo había hablado de unos seres llamados traum que vivían en aquella tierra hostil donde nada podía crecer. Viendo que ya nada más podía hacer allá arriba, puso en marcha el monocohete. Se elevó por encima de la cumbre y saltó hacia la terraza disminuyendo la potencia del monocohete, lo que le hizo descender casi en vertical hasta llegar junto a la nave.
Gurdus se le acercó corriendo.
—¿Cómo te ha ido eso, Xammar?
—Parece que estos seres tienen razón.
—¿Razón en qué?

—Allá arriba había algo que ha sido quitado. Estos seres le llaman el espejo del sol.
Xammar se acercó a los seres que lo observaban con ojos plenos de admiración. Haberle visto volar como, lo había hecho hasta la cima de la montaña sagrada para ellos, les producía una gran sensación de inferioridad.
—Rey Frixo...
—Te hemos visto volar como el más rápido de los pájaros y has llegado hasta donde jamás ninguno de nosotros ha conseguido llegar. Sólo los traum han estado allí y ha sido para robarnos el espejo del sol que nos concedieron los dioses venidos de las estrellas.
—¿Seguro que han sido esos traum de que hablas los que se lo han llevado allá?
—¿Quién más podía hacerlo?
—Quizá alguien que haya arribado como nosotros desde las estrellas.
—No, sólo han podido hacerlo los traum. Siempre tenemos ojos vigilando nuestro cielo y de llegar un carro de fuego, lo habríamos visto.
—Está bien —aceptó Xammar—, Veremos qué podemos hacer, pero me gustaría hablar con Eskada.
—Eso es imposible. Nosotros no sabemos dónde está, ella nos protege.
Xammar comprendió que poco más sacaría de aquel anciano que no sabía decirle nada de la maravillosa mujer llamada Eskada. Un halo de misterio la rodeaba. Hubiera pensado que había sufrido una ilusión nocturna de no haber aceptado el rey Frixo que Eskada existía, aunque no pudiera decirle dónde se hallaba.
Los seres de Zyzyn recogieron las ofrendas y se marcharon casi en procesión. Los terrícolas no pudieron evitar que les hicieran reverencias.
Xammar y Gurdus regresaron al interior de la nave. Wei les esperaba y preguntó a Xammar directamente:
—¿Qué vamos a hacer?
—No lo sé —respondió, y se quedó mirando el valle a través del cristal panorámico de la cabina de pilotaje de la nave interestelar terrícola.

CAPÍTULO VII

La nave terrícola se elevó ligeramente del suelo de la terraza en la que, según los seres que fueran a recibirles, se posaban los dioses arribados de las estrellas.
Saltó al vacío y se deslizó suavemente por encima del valle mientras lo observaban y las telecámaras iban tomando grabación para poder revisar con más atención todo lo que estaba pasando ante sus ojos.

Pudieron ver los árboles y arbustos raquíticos en general, con un follaje de color verde blancuzco. Vieron el río amplio y caudaloso, muy hermoso, era lo mejor del valle.
Descubrieron varios poblados a lo largo de la ribera, poblados sencillos de casas bajas que podían considerarse chozas o cabañas. De cuando en cuando, se erguía alguna edificación pétrea que podía considerarse como un templo o un lugar de reunión. Aquella era una civilización pequeña y moribunda al mismo tiempo.
Apenas habían visto ganado junto al río. Si la vegetación moría por falta de luz para llevar a cabo la fotosíntesis, morirían luego los animales herbívoros y si éstos desaparecían, también sucumbirían los carniceros. De esta forma, tal como pronosticara el anciano rey, todo el valle se extinguiría.
Xammar pilotaba la nave y al llegar al mar donde desembocaba el río, descubrió una población más amplia. Viró hacia babor y en vez de retornar por el interior del valle, lo hizo por detrás de las montañas, fuera de él.
—¿Vamos a buscar a los traum? —preguntó Gurdus.
—Sí, vamos a buscarlos.
Con su tono siempre pausado, casi melodioso, Wei inquirió:
—Y cuando los encontremos, ¿qué vamos a hacer?
—No sé si serán agresivos o no, aunque me parece que sí lo serán.
—¿Les pedirás que devuelvan el espejo del sol? —quiso saber Wei.
Gurdus preguntó:
—¿Vamos a arriesgarnos por estos desconocidos?
—Los robotoides se arriesgaron por nosotros —le recordó Xammar.
—Bueno, ellos nos hicieron un favor, lo admito, pero, que yo sepa, no se arriesgaron.
—¿Por qué no? Podíamos haber atacado su nave con nuestras armas.
—Eso hubiera sido un suicidio —objetó Gurdus.
—Sí, pero podíamos haber cometido esa locura a la desesperada. Los robotoides nos pidieron que les prestásemos ayuda.
—¿Cuándo dijeron eso? —preguntó Gurdus.
Wei respondió:
—Cuando dormías.
—¿Y por qué no me despertasteis?
—Anda, no gruñas más y busquemos a los traum.
—Pero ¿cómo son esos traum? —insistió Gurdus.
—Lo ignoro, pero cualquier signo de vida puede llevarnos a ellos. Hay que buscar algo, no sé el qué, pero algo que se salga de lo normal en este continente yermo donde no crece ni un matojo espinoso.
Wei controlaba el suelo con su telecámara y el visor de infrarrojos incorporado. Desde la altura a la que sobrevolaban, dominaban una

vasta extensión de suelo del planeta, y también las montañas con cumbres nevadas al otro lado de las cuales se encontraba el valle.
—Eh, creo que he descubierto algo.
Xammar detuvo la nave haciendo que se mantuviera suspendida en el aire sin moverse, quieta.
A través de la pantalla, Wei había descubierto algo que les pareció interesante.
Cerca de donde se hallaban, se abría una hondonada. Era una especie de cráter bastante oscuro dentro del cual se abrían unas cuevas de las que emanaba calor, un calor que había sido detectado gracias al visor de infrarrojos.
—Es posible que hayamos encontrado lo que buscamos —admitió Xammar.
Acto seguido, hizo descender la nave colocándola justo al borde de aquella especie de cráter al interior del cual daban las aberturas o galerías.
—Eso no me gusta —gruñó Gurdus—. Hemos venido a buscar tesoros, no a meternos en problemas.
—Observar no es comprometerse —opinó Wei.
—Parece que no deberíamos meternos en el pleito entre estas dos especies de seres, todos ellos desconocidos para nosotros, pero creo que los traum han robado algo que es vital para los habitantes del valle, algo a lo que llaman el espejo del sol.
—¿Y por qué no van a buscarlo ellos? —preguntó Gurdus.
Xammar se encogió de hombros.
—Quizá es que ellos no pueden contra los traum.
—De todos modos, no es asunto nuestro. Tenemos que encontrar algo que sea rentable, algo que interese a la Pioneer Star Corporation; de lo contrario, no subvencionará el próximo viaje.
—Si perdemos unos días aquí, nada podrá darse por perdido. Después de todo, ya nos dábamos por muertos y gracias a la nave de los robotoides, seguimos vivos. Ellos nos sacaron del apuro y no nos pidieron nada a cambio. ¿Es que vamos a ser más egoístas que unos robotoides desconocidos?
—Por ser humanos, somos más egoístas —opinó Wei—, claro que también podemos ser más desprendidos que los robotoides.
—Está bien, veo que discutiendo no conseguiremos nada, pero yo quiero saber quién es esa Eskada por la que preguntabas.
—Una chica que vimos mientras tú dormías.
—¿Y era bonita?
—Mucho.
—Creo, Xammar, que vas a meterte en problemas, más por ella que por ayudar a esos seres depauperados con los que hemos hablado.
—¿Qué te parece que hagamos ahora? —preguntó Wei.

—Nos quedaremos aquí a observar.
—Si nos han visto y temen algo, no saldrán por esos agujeros —dijo Gurdus señalando con su mano hacia el exterior.
—Dejaremos pasar horas; mientras, podemos comer y descansar.
—¿Comer? Hombre, eso no está mal.
—Haremos turnos de vigilancia, dejaremos que se confíen. Si esos seres que llaman traum están ahí dentro, terminarán por asomarse a la puerta de las galerías.
—¿Y si nos atacan? —preguntó Gurdus.
—No podrán entrar en la nave, es invulnerable para ellos.
—Ignoramos de qué armas disponen—insistió Gurdus.
Xammar, sin darle importancia, respondió:
—Supongo que tienen armas primitivas, lanzas, piedras, cosas de ese estilo. Lo malo puede ser la cantidad de esos seres que viven en el subsuelo, lo que no sé es de qué van a alimentarse.
—Mientras no les guste la carne humana... —mascullo Gurdus.
Transcurrieron las horas sin que allí hubiera señal alguna de vida. Xammar hizo la primera guardia de observación y durante la misma no ocurrió nada.
En torno a la nave hubo la más intensa de las quietudes. Parecían estar en un paisaje más propio de un planeta sin vida.
Gurdus hizo la segunda guardia y, bruscamente, se levantó un viento que elevó una gran polvareda que enturbió la visión dilecta incluso a través de las télecámaras. Los limpiadores automáticos actuaron sin necesidad de que tuvieran que salir de la nave dentro de la cual se sentían seguros.
Llegó la noche cuando hacía la guardia Wei que, paciente y meticuloso, prosiguió la observación.
Había momentos en que tenían la impresión de que no habían acertado a descubrir lo que realmente buscaban, pero en la pantalla y gracias a los infrarrojos, Wei descubrió algo que le sorprendió.
De inmediato, puso en marcha el grabador de videotape infrarrojos para tener constancia de lo que estaba viendo y de esta forma no molestó a sus compañeros que descansaban.
Con mucha atención, estuvo observando y tomando grabación.
Comenzó a inquietarse al ver que los seres que habían descubierto se acercaban a la nave en grupos y tuvo la ocurrencia de enviarles unos potentes destellos de luz, lo que les desconcertó e hizo retroceder.
—¿Hay algo nuevo? —preguntó Xammar acercándosele mientras bostezaba.
—Sí, no he querido despertarte, pero puedo decirte que hemos localizado a los traum.
—¿Están ahí afuera ahora?
—No, les he lanzado unos destellos luminosos con el gran foco y se

han asustado.
—Bien, no está de más hacerles una pequeña demostración de superioridad. ¿Cómo son?
—Opina tú mismo, voy a pasarte la grabación.
—¿Ocurre algo? inquirió Gurdus, acercándose a sus compañeros.
—Ven, Gurdus, vas a ver a los traum.
—¿Están afuera?
—No, no, los tenemos en Una grabación. Wei ha podido captarlos con la telecámara de infrarrojos.
Wei fue pasando la grabación de videotape. Mientras los miraban, Gurdus dijo:
—Parecen hormigas.
—Yo diría que son una mezcla de bípedos humanos y de insectos de la especie hormiga —concretó Wei.
—Digamos que los traum son hombres-hormiga —opinó Xammar.
Wei, sin dejar de observarlos, se preguntó:
—¿Se comportarán en forma individual o comunitaria como hacen las hormigas terrícolas?
—Se comporten como se comporten, tienen pinzas en su cabeza que son peligrosas teniendo en cuenta que su tamaño es similar al nuestro.
—Son como insectos evolucionados. En realidad, no se corresponden con los insectos terrícolas, puesto que tienen dos patas y dos brazos con manos y no seis extremidades como sucede con los insectos.
—¿Y las tenazas y las pinzas que tienen en la cabeza?
—Deben ser ciegos y utilizan las pinzas como sensores —observó Xammar.
—Yo les he enviado la luz y se han asustado pese a que no tienen ojos.
—La luz, al contacto con una de las antenas, puede transformarse en energía térmica y por poca que sea, será captada, eso les habrá asustado. Lo que sí es obvio es que son completamente distintos a los seres del valle y comprendo que no se entiendan; son dos especies evolucionadas totalmente diferentes.
—Y por lo que parece los habitantes del valle desaparecerán y los traum u hombres-hormiga sobrevivirán.
—Tienes razón, Wei, pero hemos de ayudar para que eso no ocurra.
—Para mí, más que humanos son hormigas —objetó Gurdus— y meterse en su nidal es exponerse a que se lo merienden a uno.
—Yo iré a ver que puedo hacer.
—Cuidado, Xammar, no te expongas —le pidió Wei—. Los traum no parece que vayan a comportarse de la misma manera que los habitantes del valle.
—Ya que hemos dado con ellos, hay que arriesgarse. Quizá no haya

que pelear, es posible que se llegue a un acuerdo.
—Yo no creo que Consigamos entendernos con esos sujetos con cara de hormigas —gruñó Gurdus.
—Iré preparado. Si me ocurre algo, marchaos; después de todo, nada se os ha perdido aquí ni nada creo que vayamos a encontrar que pueda interesar a la Pioneer Star Corporation.
—Yo te acompaño —dijo Gurdus.
—No. Iré solo, pero me mantendré comunicado con vosotros. Si hay que correr un riesgo, mejor que sea uno solo, que los otros dos puedan marchar.
—Entonces, déjame ir a mí —pidió Wei.
—No, Wei, tú manejas esta nave magníficamente, no tendrías ningún problema para regresar a nuestro planeta.
Gurdus le retuvo por el brazo cuando Xammar iba a abandonar la cabina.
—¿Crees que merece la pena arriesgarse? Nada se nos ha perdido en ese nido de hormigas humanas.
—Lo sé, nada se nos ha perdido, pero nos han pedido ayuda. ¿Cómo vamos a viajar por el espacio diciendo que llegamos en son de amistad si somos incapaces de ayudar, vamos a ser menos que unos robotoides?
—Los robotoides, por muy perfectos que sean, actúan dirigidos por una mente inteligente —puntualizó Wei.
—Que no se dejó ver —añadió Gurdus.
Xammar se puso la casaca capaz de resistir golpes, pedradas y disparos de arcaicas armas de fuego. Se protegió la cabeza con el yelmo y no se olvidó de su linterna ni de su fusil incinerante.
Abandonó la nave y una vez fuera de ella, se comunicó con sus compañeros.
—¿Me oís?
—Si —respondió Wei.
—Voy a acercarme a las cuevas, veré qué se puede hacer.
—No te arriesgues inútilmente, ahí dentro puede haber millares y millares de hombres-hormiga.
Buscó una especie de camino que daba acceso al interior del amplio y poco profundo cráter. Su centro formaba como una gran plaza en la que se abrían varias galerías, hasta siete contó Xammar.
No era la primera vez que se enfrentaba a lo desconocido. Escogió la galería que le pareció más grande y se encaró con ella. No podía decirse que aquella entrada de cueva fuera una obra de arquitectura, era una simple excavación, sin refuerzos.
Encendió la linterna, proyectando el haz lumínico hacia el fondo de la cueva. En principio no descubrió nada, pero un fuerte y ácido olor le llegó al olfato a través de la válvula que filtraba el aire y que lo

introducía en el yelmo que protegía su cabeza.
Comenzó a avanzar. Tuvo la impresión de que estaba siendo controlado, mas no veía a nadie.
Nada más entrar en la cueva, Xammar había puesto en marcha un pequeño artilugio que llevaba adherido al amplio cinturón en el que colgaban los útiles que precisaba. Aquel aparato electrónico, de gran sensibilidad, no era ni más ni menos que un micro-computador. Anduviese lo que anduviere, diera las vueltas que diese, el pequeño ingenio le guiaría a la salida sin equivocarse.
Cualquier dirección equivocada que tomase para deshacer el camino recorrido y que había quedado registrado en el microcomputador, éste se lo advertiría con un fino pitido que le obligaría a buscar el camino exacto.
No tenía miedo, pero le preocupaba que en un momento dado aquellos hombres-hormiga se abalanzaran sobre él. Podían estar agazapados, medio enterrados o colgados del techo, pues ya había observado que sus manos y pies no correspondían a los dedos humanos, sino a un sistema de uñas duras que les permitían trepar por las paredes rocosas de apariencia más lisa. Incluso estaba seguro de que los traum podrían caminar por los techos sin ninguna dificultad.
Se preocupó también por la forma en que podría tomar contacto con aquellos seres a los que sabía cerca pero a los que aún no conseguía ver.
Estaba seguro dé que lo vigilaban, de que cada uno de sus pasos era controlado atentamente. Posiblemente, los traum captarían las más mínimas vibraciones del suelo, de las paredes, de los techos.
Las antenas suplirían con ventaja a los ojos en el subsuelo del planeta Zyzyn, un mundo tenebroso y sin estrellas, un mundo de aire viciado y ácido, un mundo que repelía a los sentidos de un terrícola. Sin embargó, Xammar siguió adelante.
Su fusil incinerante permanecía horizontal y su dedo índice estaba montado sobre el botón de disparo. Una simple presión y brotaría el rayo ígneo que pondría al rojo a la mismísima roca, fundiéndola.
Se encontró en varias ocasiones con pequeños distribuidores de galerías y siempre terminaba escogiendo lo que su instinto le decía, pues en el suelo, las extrañas huellas de los traum estaban en todas direcciones.
Era ya muy posible que estuviera rodeado por aquellos seres tan distintos a los terrícolas. Podrían cortarle la retirada si lo deseaban, pero si no se dejaban ver, también podía ser que fuese porque le temían.
Por poca inteligencia que tuviesen, siempre les parecerían peligrosos quienes llegaban en una nave espacial tan sorprendente y tan lejana de sus posibilidades como podría haberlo sido para el hombre de

Cromagnon terrícola.
De pronto, dentro de su propia mente, como si en el interior de su cráneo hubieran colocado una pantalla de T.V., apareció el rostro de un traum.
Lo veía con tal perfección que era como si lo estuviera contemplando a la luz de un día soleado del planeta Tierra y a poco más de un metro de distancia.
—¿Qué quieres de nosotros, dios del valle?
Aunque no veía a nadie con sus ojos, aunque ninguno de aquellos seres quedaba bajo la luz de su linterna y tampoco podía detectarles con el visor de infrarrojos incorporado en el yelmo que protegía su cabeza, Xammar supo que acababa de establecer contacto con los traum.
Se detuvo precisamente cuando se hallaba en una sala circular que servía de distribuidor. Allí nacían cuatro bocas más de cueva que convertían en un auténtico laberinto el nidal o metrópoli de los traum.
—No soy ningún dios del valle, soy un terrícola. Vengo de una estrella que no es visible en vuestras noches, aunque quizá vosotros, por carecer de ojos como los que yo tengo, no sepáis lo que es una estrella.
—Sabemos que lo que da luz y calor al valle es una estrella —le respondió aquel horrible rostro de insecto humanoide que había conseguido meterse en el interior del cráneo de Xammar gracias a que debían de poseer un gran poder de comunicación telepática, algo muy superior a lo conocido por los terrícolas, un poder ni siquiera imaginado, pero frente al que no había que demostrar miedo, pues estaría perdido.
Si llegasen a captar una vacilación de él, los traum lo atacarían, estaba seguro de ello. Si se mantenían a distancia era porque le temían.
—Vengo de un mundo muy hermoso llamado Tierra y que gira en torno a una estrella más brillante que la vuestra.
—Eres un intruso en nuestro mundo —le reprochó aquel traum que sólo veía en el interior de su cráneo; por tanto, no podía encañonarle con su arma.
—No es mi intención atacaros aunque mi poder es grande y podría provocar derrumbes en vuestras galerías hasta dejarlas cegadas, sepultándoos.
—Aunque taponaras la boca de salida no nos causarías el daño que supones, intruso. Tenemos otras galerías. Además, somos grandes excavadores.
—Lo sé, pero yo puedo abrirme paso por donde quiera; sin embargo, insisto en que no vengo con deseos de atacaros, no es mi intención hacerlo, aunque mejor será que veáis lo que puedo hacer.

Disparó sobre el techo de una de las cuevas, la que le pareció más pequeña. La roca enrojeció y se provocó un derrumbe en medio de un intenso fogonazo y liberación de energía térmica que estaba seguro que los traum captarían.
Cuando las piedras dejaron de caer pero aún la pared y el techo humeaban, Xammar volvió a hablar a aquel traum que había proyectado su propia imagen en forma telepática hasta introducirse en su cerebro.
—No soy vuestro enemigo, deseo saludar a vuestro rey.
—No tenemos rey sino reina —le corrigió el traum.
—Está bien, con vuestra reina.
—Tampoco eso es posible. La reina no toma las decisiones, ella es quien procrea.
—¿Quién toma entonces las decisiones, acaso tú, el que te estás comunicando conmigo?
—Yo soy el portavoz del consejo del nidal.
—De acuerdo, tú eres el portavoz. Quiero presentarme ante vuestro consejo de gobierno y comunicarme.
—No es posible. Tú eres un intruso peligroso.
—No es mi intención atacaros.
—Deja tus poderes fuera del nidal, vuelve a entrar y serás recibido.
Xammar, que veía con una clara nitidez aquella cabeza de hormiga-humanoide, se dijo que en absoluto era fiable. Nadie podía garantizarle que si él se presentaba ante ellos sin armas no se le echarían encima y lo hicieran pedazos con sus potentes pinzas que rodeaban su rostro al estilo de las hormigas terrícolas.
—Este nidal es vuestro imperio. Yo saldré afuera y en el exterior nos reuniremos. Me entrevistaré con una comisión de vuestro consejo. Es mi deseo que haya amistad, pero si por vuestra parte atacáis, seréis destruidos rápidamente. Ahora, abandonaré vuestro nidal y aguardaré vuestra decisión.
Xammar dio la vuelta y caminando con firmeza, se dirigió a la salida.
No quería caminar más aprisa de lo que lo había venido haciendo para que los traum no tuvieran la impresión de que huía de ellos.
Su seguridad al escoger las galerías, sin perderse dentro de aquel laberinto, debió de preocupar a los traum, que, posiblemente, vigilaban cada uno de sus pasos.
En todo el recorrido de regreso no fue molestado y ni siquiera llegó a verlos físicamente. Ya en el exterior, estableció comunicación con Wei y Gurdus que aguardaban en la nave.
—Xammar, ¿estás bien?
—Sí, Wei, todo bien.
—¿Has contactado con ellos? —preguntó Gurdus.
—Sí. Regreso a la nave.

Comprendieron que Xammar no quería mantener la comunicación y que prefería hablarles dentro de la nave por lo que aguardaron. Lo importante era que hubiese regresado sano y salvo del interior de aquel nidal donde vivían los hombres hormigas.

CAPÍTULO VIII

—No saldrán —opinó Gurdus—. Verás como no salen de su agujero.
—Es posible, pero hay que concederles un tiempo.
Wei, más reflexivo, estimó:
—Estarán tratando de hallar una ventaja sobre nosotros y hasta es posible que sepan lo que estamos buscando.
—No les daremos ninguna ventaja —gruñó Gurdus—. Ninguna.
—Si hubieran deseado atacarme, ya podrían haberlo hecho dentro de su nido, es un laberinto inmenso. Atacarles allá es imposible, tendrán muchas salidas de emergencia y diría que sus túneles suman cientos de kilómetros bajo el suelo. Lo que no comprendo es por qué no han pasado con sus galerías al otro lado de las montañas para invadir el valle.
—Es posible que el valle, en sí mismo, no les interese, o que en el interior de esas montañas haya algo que les impida horadarlas. Quizá lo han intentado ya y no pueden seguir adelante.
—¿Por qué causa? —preguntó Gurdus.
Wei se encogió de hombros. Xammar se atrevió a opinar:
—Es posible que existan ríos de magma ígneos y el calor sea tan intenso que no puedan seguir adelante. Es evidente que el calor del sol que ilumina este planeta no basta para proporcionar vida al valle, y por tanto el calor brota de alguna parte. Ese calor está almacenado en el interior de las montañas, especialmente en la gran montaña negra, por eso no hay hielo en su cumbre. Yo mismo, al tocar sus paredes, noté que si no calientes, si tenían suficiente calor como para que la nieve se derrita al pegarse a ella.
—Por ahora, ese será un misterio para nosotros, un misterio que es posible que no consigamos descifrar. El caso es que estos hombres-hormiga en cierto modo temen al valle y a los hombres de él.
A la reflexión de Wei, Xammar añadió:
—Quizá porque saben que los habitantes del valle están protegidos por lo que llaman dioses, es decir, seres extraños a este planeta como nosotros que llegamos en naves interestelares.
—Sí, eso es. A nosotros nos toman por dioses protectores de los habitantes del valle y temen nuestra represalia porque son conscientes de que les han hecho un daño grave al arrebatarles lo que llaman el espejo del sol.
—Todo son misterios —manifestó Gurdus mientras mordía con

fruición un sandwich que se había preparado tras quitarle la envoltura y pasarlo por el calentador de microondas—, ¿Has visto algo que pueda ser interesante dentro de ese nido de hormigas gigantes?
—No son hormigas gigantes —le corrigió Xammar.
—A mí me lo parecen.
—Son seres evolucionados a partir de otras especies básicas. Es posible que primitivamente fueran insectos gigantes: Quién sabe si dentro de un millón de años en el planeta Tierra las hormigas de alguna de las infinitas especies que existen se agiganten por alguna anomalía cromosómica y a partir de ese gigantismo evolucionen hacia una inteligencia semejante a la nuestra.
—No lo creo —opinó Wei—. Los insectos sociales no son individualistas en absoluto y para una buena evolución hay que conjugar lo social con lo individual a partes proporcionales. Mientras los insectos sean ya al nacer obreros, guerreros o reproductores, no tendrán posibilidades de evolucionar. Les faltan las minorías como los inventores, los sabios, los ingeniosos, los astutos y esencialmente los artistas. Sin esta clase de minorías, no hay evolución posible y los sistemas comunitarios de los insectos no permitirían que uno de sus obreros o soldados se apartara de los demás para pensar y meditar, para llegar a conclusiones que le harían avanzar. Supongo que si uno de ellos deja de hacer su trabajo, será sacrificado.
—Lo que quiere decir que no existirían los aventureros como nosotros —dijo Gurdus como conclusión cuando aún no había engullido lo que estaba mascando y que ya era el final del emparedado.
Se pasaron parte del tiempo hablando, buscando soluciones a su situación, pero no era fácil. El sol del planeta apenas iluminaba. En su máximo esplendor, sería un cien por cien más poderoso que la luna terrícola en plenilunio, pero en vez de reverberar luz como la luna, la enviaba de su propia combustión y su color era rojo amarillento en vez de blanco plateado como el de la luna.
—No han salido dijo Wei, algo desanimado.
Gurdus gruñó:
—Nada podremos hacer.
—Podemos intentar algo. Desplazaremos la nave más hacia las montañas pero de forma que no perdamos dé vista este lugar.
—Me parece una buena idea —aceptó Gurdus—, así no estaremos tan cerca de ellos. No dormiría tranquilo pensando que esos hombres-hormiga están reptando por la nave, pellizcando el fuselaje, tratando de abrirlo como si fuera una lata de sardinas para sacarnos de dentro.
—Tengo la impresión de que no son carnívoros
—Si no son carnívoros —replicó Gurdus mirando a Xammar— ¿qué son? Porque aquí no hay una mala hierba que comer.
—Podría ser que se alimentasen de minerales.

—¿Minerales? Eso es absurdo —protestó Gurdus.
Wei añadió su razonamiento a la opinión de Xammar.
—¿Por qué no? No hemos de pretender que en todos los planetas comen de la misma forma que lo hacemos nosotros. Quién sabe si se tragan cantidades de tierra seleccionadas y sus estómagos, muy poderosos, son capaces de asimilar los minerales que necesitan para su metabolismo, como hacen las plantas gracias a sus raíces.
—Yo descenderé de la nave con cuidado —dijo Xammar—. Iré provisto del monocohete y vigilaré con infrarrojos a ver si aparecen.
—¿De nuevo quieres arriesgarte? —preguntó Wei.
—Algo hay que hacer. Si se encogen dentro de su nidal, de nada habrá servido venir hasta aquí. Hemos de comunicarnos con ellos y obligarles a que devuelvan el espejo del sol.
—Sí para ellos es interesante, no lo devolverán jamás —opinó Gurdus, añadiendo: — A lo peor se lo han comido, como dices que se comen hasta las piedras...
—No dejarás nunca de ser un bruto, Gurdus —le reprochó Xammar.
—Está bien, pero me molesta que no ceses de arriesgarte por algo que no nos va ni nos viene. Si quieren el espejo del sol, que no sabemos ni cómo es, que los habitantes del valle vengan aquí en formación y se metan en esos agujeros haciendo frente a los hombres-hormiga.
—Si hicieran eso, estarían perdidos —opinó Wei.
—Bueno, los habitantes del valle no son tan pocos y podrían ir armados con lanzas y hachas aunque sean de piedra.
—Wei tiene razón. Los hombres-hormiga como tú les llamas, dentro de su nidal son invulnerables. Se desenvuelven en la oscuridad como nosotros a pleno día. Además, su nidal es un laberinto, infernal en el que los habitantes del valle se perderían y jamás podrían salir de él. En cambio, los traum se mueven de una galería a otra como los terrícolas en las calles de nuestras metrópolis.
—No insistas, Gurdus, no desanimarás a Xammar. Quiere ayudar a los habitantes del valle y no vamos a impedirlo. Después de todo, es lo que nos pidieron los robotoides que nos salvaron la vida.
—Está bien. Puesto que íbamos a morir y nos salvamos, dejaremos el pellejo en este planeta desconocido buscando una quimera como es el espejo del sol.
La nave se desplazó suavemente hacia atrás.
Xammar aguardaba ya junto a la escotilla, preparado con su yelmo provisto de visor de infrarrojos, su fusil incinerante y unas microcargas explosivas con mecanismos de relojería con efecto retardado.
Eran pequeñas pastillas que Cabían dentro de la palma de la mano de un hombre terrícola. Bastaba hundir un resorte y dejarla abandonada donde quisiera hacerse explosionar; luego, la microcarga

termonuclear de efectos limpios era capaz de volar cien toneladas métricas.
Salió a la escalerilla y saltó al suelo mientras la nave se alejaba, elevándose algo más en dirección a las montañas pero sin perder de vista el cráter donde aparecían las entradas del nidal de los traum.
No estaba muy seguro de lo que iba a conseguir arriesgándose tanto, dejando que la nave que le brindaba protección se alejase de forma que los traum llegasen a creer que se habían ido para siempre.
El deseo de Xammar era capturar por lo menos a un traum. Ignoraba cómo se comportaría ese ser una vez hecho prisionero, pero él trataría de interrogarlo.
Avanzó agazapado y se protegió tras un grupo rocoso. Tenía el subfusil incinerante listo para disparar.
Sabía que podía perder toda la noche allí, observando, sin que nada ocurriera, pero estaba dispuesto a todo. Si no salían por las buenas, los haría salir por las malas.
Pudo ver en su poli-reloj el transcurso del tiempo. Los dígitos luminosos pasaban uno tras otro. Xammar estaba acostumbrado a esperar y no permitiría que sus nervios le traicionasen.
Comenzaba a temer que su espera resultara en vano cuando, gracias a su visor de infrarrojos, pudo ver una figura humana corriendo.
Observó con más atención y se dio cuenta de que era una mujer pero del valle, no era una traum. Tras ella corrían tres formas humanoides que hacían estremecer.
—¡¡Auxilio, auxilio!! —gritaba ella.
Xammar no dudó en saltar de entre las rocas y correr hacia la mujer con su subfusil incinerante por delante.
—¡Quietos! gritó. Y su voz salió amplificada del yelmo que le protegía la cabeza.
Los traum no parecían dispuestos a esperar. Dos de ellos lograron alcanzar a la joven y Xammar disparó su rayo incinerante sobre el tercero de los traum que se Convirtió en una antorcha.
Apenas duró así uno o dos segundos; luego, medio reducido a cenizas, se desplomó, esparciéndose sus restos en derredor.
Xammar puso en marcha el monocohete y salió disparado hacia delante en dirección adonde ocurrían los hechos. Bajó la cabeza y golpeó con el yelmo protector la cabeza de uno de los traum, derribándolo de forma tan violenta que no volvió a levantarse.
El otro traum que quedaba, al verse solo, soltó a la chica. Antes de que consiguiera huir, Xammar se revolvió hacia él y le apuntó a escasa distancia.
—Sé que me entiendes —le dijo—. Si te mueves, te mato.
El traum debió de captarle porque se quedó quieto.
Xammar cogió aquellas manos tan extrañas que tenía el traum, se las

retorció a la espalda y las ató con un fino cordel de nylon. Le juntó luego las antenas y se las ató también, lo que molestó profundamente al prisionero que emitió una especie de chillido.
—Así te será más difícil comunicarte con los tuyos.
Xammar se fijó entonces en la mujer: era Eskada.
Con un rostro triste, aún asustada, ella le dijo:
—Gracias.
—Ayúdame con este ser, tenemos que interrogarle: El debe saber dónde tienen escondido el espejo del sol.
—No hablará.
—Eso ya lo veremos.
Empujó al traum capturado hacia la montaña, alejándose del cráter.
Se detuvieron frente a un grupo de rocas. No era fácil que los traum les detectaran allí, ya que entre el cráter y ellos estaban las rocas y por muy sensibles que fueran sus antenas no podrían descubrirles.
Dio un empujón al traum haciéndole caer sentado, Gurdus tenía razón , aquello era una especie de hombre-hormiga y había que tener mucho cuidado de no ponerse al alcance de sus pinzas que podían resultar mortales, ya que se adivinaban muy fuertes y poderosas.
—Sé que de mente a mente me captas.
El traum no dijo nada ni emitió ninguna señal mental.
—No dirá nada —dijo Eskada.
—¿Dónde tenéis el espejo del sol?
El traum siguió sin responder.
—Está bien, tendré que convencerte de alguna manera gruñó Xammar.
Y apuntó con su subfusil a la punta de una de las antenas que tal como habían quedado atadas más parecían un adorno en la cabeza que unas antenas que suplían a los ojos.
Responde, ¿dónde tenéis el espejo del sol?
El traum continuó tercamente callado.
Xammar rebajó el poder de su arma que, sin embargo, sería igualmente efectiva. Disparó y brotó una llamita del extremo de una de las antenas.
Las pinzas que rodeaban por delante el rostro del traum se abrieron amenazadoras mientras emitía un furioso chillido.
Se lanzó contra Xammar tratando de cazarle el cuello, y de conseguirlo, posiblemente le habría cortado la cabeza.
—¡¡Cuidado!! —exclamó Eskada.
Xammar volvió a disparar. Uno de los lados de la pinza se tornó rojo y se rompió, carbonizada. Le dio un patadón en el abdomen y volvió a sentar al deteriorado traum que, con una punta de antena chamuscada y las pinzas que eran sus armas rotas, se sentía vencido.
—¿Dónde está el espejo del sol? Es lo único que quiero de vosotros.

Si devolvéis lo que habéis robado a los habitantes del valle, nada os ocurrirá. Si persistís en quedaros lo robado, tendré que daros una lección. Voy a destruir vuestro nido, sé cómo hacerlo. Por el subsuelo hay vetas de ríos de lava, de roca fundida que todo lo queman, verdaderos ríos de fuego que si entran en vuestro nidal lo inundarán y todo se quemará, vuestro pueblo desaparecerá. Tengo poder para que los ríos de fuego inunden vuestras galerías y el calor será tan grande que no habrá lugar seguro en vuestro nido para que continuéis viviendo.
El traum continuó sin decir nada. Ya no chillaba de dolor ni de rabia. El terrícola le había vencido.
—Ahora, puedes marcharte y comunicarte con los tuyos. Diles a quienes forman tu consejo que, o devuelven el espejo del sol cuando amanezca el nuevo día, o tendréis guerra. Xammar empujó al traum cautivo hacia el cráter pero sin soltarle las extrañas manos capaces de agarrarse a la más dura roca.
Aquella hormiga humanoide se alejó torpemente; afectado como estaba, no se orientaba con la debida perfección.
—Estos seres no razonan individualmente, sólo lo hacen en grupo.
—Como los insectos en el planeta Tierra, me refiero a los insectos que viven agrupados en grandes sociedades como las hormigas, las abejas, las termes y otras especies.
—No sé si te temerán lo suficiente como para devolver el espejo del sol. Buscarlo dentro de este laberinto que tienen por nidal es casi imposible.
—¿Has estado dentro?
—No, no, pero sé cómo es.
El traum se perdía ya de su vista, regresando con caminar torpe a su nidal cuando Xammar se volvió hacia la bellísima mujer.
Se quitó el yelmo y la miró al rostro gracias a la débil luz del satélite nocturno que era muy pobre también, pues poca luz tenía para reverberar.
—¿Quién eres tú en realidad, Eskada?
—¿Yo?
—Sí, tú, ¿quién eres? —insistió.
—Pertenezco al valle.
—No es cierto, tú no perteneces a las mujeres del valle.
—¿Por qué no?
—No eres como ellas, no estás delgada, anémica, envejecida prematuramente. Eres joven, pero no sólo en años sino en tersura de piel y en agilidad, en elasticidad. Tú rebosas vida.
Ella sonrió débilmente y preguntó:
—¿Quién crees entonces que soy?
—Según él rey Frixo, eres la diosa protectora, y tendré que creérmelo,

porque sólo una diosa puede tener tu belleza.
—No puedo decirte quién soy. Los habitantes del valle creen en mí.
—¿Creen en ti, por qué?
—No me hagas preguntas, por favor, no me hagas preguntas porque no podría responderte.
Xammar, que se había quitado el yelmo, acercó su boca a la femenina y la besó con suavidad. Notó un ligero temblor en la boca de Eskada que no le rechazó.
—No te ha besado ningún hombre antes, ¿verdad?
Ella movió la cabeza negativamente. Sus ojos semejaban brillar más, unos ojos que subyugaban al terrícola, unos ojos de color esmeralda que pasaban a ser iridiscentes.
—Yo no creo en los dioses como sí creen los habitantes del valle. Para mí, tú eres un ser real, un ser de carne y hueso al que puedo tocar, besar, amar.
—Por favor, Xammar, no sigas.
—¿Por qué, es que me temes?
—No lo sé —Volvió la cabeza para escapar a las pupilas penetrantes del aventurero terrícola.
—Yo no te he hecho ningún daño.
—Puedes hacérmelo.
—¿Cómo?
—No quiero amarte, terrícola, no quiero amarte, no debo amarte.
Ella intentó apartarse de él, pero Xammar la sujetó por los hombros impidiendo que huyera.
—Cada vez que te encuentro te escapas, te disuelves en la noche. Esta vez no dejaré que ocurra lo mismo.
—Por favor, Xammar, deja que me marche. .
—¿Hacia dónde?
—Pues... —vaciló y no contestó.
—¿Dónde vives? Tú no perteneces al valle...
—No hagas preguntas, te lo suplico.
—¿Qué es lo que temes en realidad?
—Algún día te lo diré, ahora no puedo.
—¿Por qué, por qué no puedes?
—No lo entenderías.
—Estoy dispuesto a entenderlo todo, Eskada, todo. Te amo, me enamoré de ti nada más verte en mitad de la noche. ¿Por qué crees que me estoy enfrentando a los traum? Es por ti, tú me lo pediste.
—No, no es por mí, es por los habitantes del valle que agonizan sin su espejo del sol que les ha sido robado por los traum
Xammar, olvidándose de la posible cercanía de los traum, aquellos insectos humanoides incapaces de pensar como ellos, volvió a cubrir la boca de Eskada.

El beso fue profundo.
Separó con la lengua los dientes de la mujer y jugueteó con la lengua femenina, notó que ella se estremecía. Si era una diosa del espacio, no puede decirse que fuera insensible al amor.
La estrechó contra sí y pese a que la casaca que vestía y le protegía era algo dura, notó los pechos redondos, fuertes y altos de ella aplastándose contra su tórax.
La ciñó por la espalda y deseó quitarse la casaca para notar más íntimamente el contacto de la mujer. Deseaba que sus pieles se tocaran desnudas, se frotaran entre sí, palpitaran sus corazones al unísono y terminaran por fundirse el uno en el otro.
Mas las circunstancias no eran las apropiadas y tampoco el lugar.
Xammar tenía la sensación de que si la soltaba, ella escaparía, se diluiría en la noche y jamás volvería a verla. Se convertiría en un ser etéreo, incorpóreo, que desaparecería en la noche entre las estrellas, confundiéndose con ellas.
No, no podía dejarla. Eskada había comenzado a significar algo en su vida y no deseaba perderla.
—Por favor, Xammar, por favor —suplicó, trémula.
—No, no—... Sólo tenemos unos minutos, quizá unos segundos, no los desperdiciemos. Te amo y quiero hacerte mía.
—Eso es imposible.
—¿Porqué?
—Pertenecemos a dos mundos distintos.
—Si me amas, me quedo aquí para toda la vida. Estaré junto a ti hasta que la muerte se lleve mi cuerpo.
—Xammar, Xammar, qué apasionado eres. No he debido dejar que me besaras, no, no he debido dejarte.
—¿Por qué? ¿Acaso porque te das cuenta de que tú también sientes lo mismo que yo?
—No, yo no puedo amar.
—Mientes.
Eskada se debatió entre los brazos de Xammar que no la soltaba.
Halló unas aberturas en los costados de la túnica e introdujo sus manos hasta encontrar el cuerpo femenino, un cuerpo que no vestía más que aquella túnica de lana blanca.
—Sí puedes amar, te estremeces, tu cuerpo responde a mis caricias. Tú deseas lo mismo que yo, Eskada, lo mismo que yo.
—¡Te lo suplico, no sigas, Xammar, no sigas!
—Suplicas porque eres vulnerable y no debes avergonzarte de ello, es lo lógico. Una mujer siempre es vulnerable entre las manos del hombre que ama.
—Yo no puedo. Esto es una locura, Xammar, una locura, no puedo.
—Sí puedes. Te amo y no te dejaré escapar de aquí.

Se volcó sobre ella, besándola con más profundidad aún mientras sus manos recorrían ávidas los senos femeninos y se deslizaban luego por el resto del cuerpo que temblaba, mitad de miedo, mitad de placer.

CAPÍTULO IX

Xammar tuvo la impresión de que se había amodorrado.
—El desmirriado sol que iluminaba el planeta Zyzyn comenzaba a emerger por detrás de las montañas. Tuvo sensación de frío y se vio solo entre las rocas.
—¡Eskada!
Su llamada sonó angustiosa, pero la mujer no estaba allí.
—¡Por todas las estrellas del cosmos! ¿Habrá sido también una ilusión lo que he vivido esta noche?
No había respuesta para su pregunta. La bellísima Eskada había vuelto a diluirse en la noche, dejándole solo en una tierra yerma por la que podía aparecer, de un momento a otro, los temibles traum.
—¡¡Xammar, Xammar!!
Se colocó el yelmo al escuchar la voz de Wei que le llegaba por el telecomunicador.
—Te oigo —respondió con voz ronca.
—¿Estás bien?
—Sí, estoy bien. ¿Habéis visto a Eskada?
—No.
¿Cómo que no? Si estaba conmigo...
—Pues no la hemos visto. Donde tú estás, la visión no es buena debido a las rocas que te rodean.
Xammar miró en torno suyo.
—Vaya, es cierto —suspiró—. Mejor así.
—¿Qué dices? —le preguntó Wei.
—Que os acerquéis con la nave. Los traum ya están advertidos, ahora hay que cumplir las amenazas.
—¿Qué amenazas?
—Acercaos con la nave, nos quedaremos cerca del cráter. Que Gurdus se prepare, vamos a trabajar juntos. Tú, Wei, controlarás la nave y el cañón disuasorio.
—Ahora mismo estamos contigo, Xammar.
Xammar salió al descubierto y comenzó a avanzar hacia el cráter.
Los traum no aparecían por parte alguna, sólo quedaban las cenizas de uno y el cuerpo sin vida de otro.
La nave terrícola abandonó el lugar donde había pasado la noche y avanzó al encuentro de Xammar.
Se situó sobre él al llegar a su altura y continuó avanzando hasta llegar cerca del cráter. Al fin, se detuvo. Desde donde había quedado

quieta, dominaba perfectamente la entrada del nidal.
Xammar trepó por la escalerilla y entró en la nave. Gurdus le salió ál paso y le miró, preocupado.
—Tienes mala cara, Xammar.
—¿Mala cara?
—Sí, debe haber sido una noche agotadora para ti.
Xammar sonrió ligeramente.
—Quizá. Ahora, prepárate lo mismo que yo, Vamos a volar varias de esas galerías, especialmente las que dan a las montañas.
—¿Quieres cegarles todas las salidas?
—Todas no, con que les queden dos es suficiente, veremos qué sucede. Estos seres son muy tercos y no parecen dispuestos a ceder, es como si tuviéramos que arrancarles las pinzas.
—Pues, si hace falta, se las arrancaremos —dijo Gurdus resuelto—, Esperemos que no sean muchos.
—Voy a comer un poco, estoy falto de fuerzas. Dentro de media hora les daremos un poco de bronca; parece que están muy bien acostumbrados a que nadie les moleste en su nidal.
Desde la cabina de pilotaje, Wei dijo:
—Lo tenemos todo controlado. Si aparecen por las galerías, los podemos hacer retroceder.
—No, no hace falta que los hagas retroceder. Si salen, del subsuelo, hay que darles la oportunidad de que depongan su actitud y devuelvan lo robado. Si les destruimos y obligamos a esconderse de nuevo en su nidal, jamás obtendremos lo que buscamos.
—Como quieras, pero si veo que os atacan, dispararé sobre ellos.
—Eso es otra cosa —luego, ceñudo, preguntó: — ¿De veras no has visto a Eskada?
—No —suspiró el terrícola oriental—. Esa mujer te tiene obsesionado, creo que la sueñas despierto.
—No, Wei, no, esta vez no ha sido un sueño, estoy completamente seguro de lo que digo.
—Si estás tan seguro, ¿qué puedo decirte?
—Nada, claro. Voy a reponer un poco las fuerzas, luego las necesitaré.
—Gurdus ha dormido un buen rato, está bien para ir contigo.
Media hora más tarde, Xammar y Gurdus, armados y bien provistos de los micro-explosivos nucleares, descendieron de la nave y bajaron al interior del cráter.
Los traum seguían sin aparecer.
—Estoy seguro de que aunque no tengan ojos nos están viendo —gruñó Gurdus.
—Sí, con sus antenas son capaces de detectar muchas cosas.
—Al primero que coja entre mis manos, le muerdo las antenas.

—Ten cuidado no te apriete él a ti con sus pinzas. Te abriría como si fueras un pollo.
—Bueno, si se ponen tan furiosos los mantendré a distancia
—Es lo que nos conviene. Ah, y si dentro de tu cabeza tienes la impresión de que ves el rostro de uno de esos seres...
—No hago caso porque es una ilusión.
—Todo lo contrario, es que ese ser se está comunicando contigo.
Se internaron por una de las galerías. Caminaban despacio, atentos; ahora sabían de la agresividad de los traum y se hallaban dentro de su nidal. En cualquier momento podían caer en una celada de la que no salieran vivos.
—¿Qué hacemos, Xammar?
—No preguntes, podría ser que captaran nuestros pensamientos.
Xammar colocó dos cargas estratégicamente en el interior de aquella gruta. Dio la vuelta y volvieron a salir.
—No hemos encontrado nada —gruñó Gurdus,
Xammar, sin responderle, salió de aquella galería y entró en otra.
—Sígueme.
Entraron en la segunda galería, se internaron como un kilómetro y salieron de nuevo. Xammar iba dejando las cargas estratégicamente colocadas sin decírselo a Gurdus para que los traum no captaran nada.
—Parece que estemos jugando al gato y al ratón —farfulló Gurdus.
—¡¡Cuidado, a tu izquierda!! —gritó Xammar.
Desde la nave, Wei también les advirtió:
—¡Van a por nosotros!
Por una de las galerías, como si hubieran estado esperando el momento propicio, brotaron varias docenas de seres traum con las pinzas abiertas. Su agresividad era evidente y de no replicar con rapidez, la vida de Gurdus y Xammar podría cortarse en segundos.
Los dos terrícolas se revolvieron y dispararon sus rayos incinerantes.
Varios de aquellos insectos humanoides ardieron y se convirtieron en cenizas, pero los demás iban dispuestos a todo y seguían corriendo hacia los terrícolas intrusos.
Gurdus hizo desaparecer a un buen número de traum, pero éstos cada vez parecían ser más y varios lograron echársele encima.
Uno de ellos le arrebató el arma con sus pinzas, partiéndola, lo que demostraba el gran poder dé aquellas tenazas contra las que luchaban.
Xammar gritó a su amigo:
—¡Ponte detrás de mi!
—¡Malditos bichos! —rugió Gurdus.
Alzó a dos de ellos por encima de sus cabezas y los lanzó contra los otros que venían hacia él.

Xammar disparó su rayo en abanico, haciendo caer a un buen número de traum. El ambiente olía a quemado, a ácido fórmico, el hedor se hacia insoportable.
Desde la nave, Wei hizo entrar en funcionamiento el cañón disuasor contra casi tres docenas más de traum que aparecieron por otra de las bocas del nidal, y que se disponían a ir a la carga contra los terrícolas que se veían agobiados por aquellos seres que, viendo morir a sus compañeros, pasaban por encima de sus cadáveres.
Aquello era una batalla cruenta en la que los terrícolas se hallaban en inferioridad numérica; mas, por suerte para ellos, la tecnología estaba de su parte.
El cañón que disparaba el terrícola oriental desde la nave, redujo a cenizas a un buen número de traum. Los otros, ante aquel castigo tan duro, retrocedieron, escondiéndose de nuevo en las galerías.
En la gran plaza del cráter o entrada al nidal, pronto no quedó ningún traum en pie. Los que se hallaban estaban tendidos, muertos o incinerados, por completo o en parte.
—¡Hay que darse prisa, Gurdus, a la nave! —gritó Xammar.
Gurdus miró su arma partida y echó a correr hacia la nave mientras Xammar pasaba corriendo por delante de otras dos galerías y arrojaba a su interior las diminutas cargas tras hundir el resorte que marcaba el tiempo de retardo para que explosionasen. Ambos subieron a la nave y se cerró la escotilla.
—¿Estáis bien? —les preguntó Wei.
—Sí —dijo Gurdus, jadeante. En su casaca aparecían las señales que le habían dejado las terribles pinzas de los traum.
—Ahora veremos qué sucede —gruñó Xammar.
En aquel momento, se produjo una fuerte explosión en el subsuelo que el sismógrafo de a bordo captó con toda limpieza.
Wei y Gurdus miraron a Xammar y éste explicó:
—Esa es la primera galería, luego vendrán las otras.
Efectivamente, se sucedieron las explosiones y por las bocas de las galerías afectadas brotó una gran cantidad de humo negruzco. En una vasta extensión que podía decirse llegaba hasta las mismísimas montañas, todo el suelo tembló.
Dos de las galerías en las que Xammar no se había introducido por no arriesgarse más, pero a las que había lanzado los artilugios explosivos como si fueran piedras, reventaron también y la explosión fue más espectacular y visible.
Si allí había seres de aquel mundo tan extraño, nada debería quedar ya de ellos.
Parte del borde del cráter se derrumbó como en un alud y las galerías quedaron cegadas, la mismísima nave se decantó ligeramente.
—¡Por todos los soles del infinito, Xammar, la has armado gorda —

exclamó Gurdus ante el resultado de las explosiones.
El aspecto de la entrada del nidal era ciertamente desolador; sólo dos entradas habían quedado indemnes, las otras estaban cegadas o con derrumbes interiores.
—Se acabaron las explosiones —dijo Xammar—. Ahora hay que esperar...

CAPÍTULO X

La entrada del nidal en que vivían los traum había quedado muy afectada, aunque era difícil para los terrícolas saber en qué medida había quedado destruido el interior del nidal. Era evidente que varias galerías habían quedado destruidas en tramos grandes, cegadas por completo, y hasta era posible que la lava que discurría por el subsuelo en forma de ríos o vetas ígneas hubiera pasado a alguna galería y la roca fundida estuviera inundando el nidal, quemando cuanto encontrara a su paso.
—¿Qué puedes observar? —preguntó Xammar al chino Wei.
Este, controlando el medidor de infrarrojos, respondió:
—La galería que está más a la derecha despide un calor demasiado intenso para que haya posible vida. Está por encima de los quinientos grados Celsius. No me extrañaría que de un momento a otro apareciera lava fundida por esa boca.
—Entonces, les hemos dado duro —exclamó Gurdus, satisfecho, olvidándose de algunas cortadas que tenía en su cuerpo, causadas por las duras pinzas de los hombres-hormiga que habían conseguido destrozar su casaca protectora. De no haber sido por ella, le habrían arrancado la carne e incluso los huesos a lo vivo.
¿Qué crees que harán, Wei?
—No lo sé, Xammar.
—Hay que esperar.
—Quizá estén evacuando el nidal por alguna otra galería que se halle a kilómetros de aquí. Los explosivos con que has volado sus túneles ha sido algo demasiado tremendo para lo que ellos están acostumbrados.
—Así no se considerarán invencibles —rezongó Gurdus.
—No era mi intención destruir este pueblo —confesó Xammar— pero no nos han dejado otra solución que la lucha. Lo malo es que si les hemos dado demasiado duro, ya no podremos recuperar el espejo del sol que es vital para los habitantes del valle.
—Yo no he confiado nunca en que lo devolvieran —objetó Gurdus.
—Pues te equivocaste —le corrigió Wei—. Mira, ahí salen esos insectos humanoides la mar de modositos.
Efectivamente, por la única galería sana, ya que la otra boca del túnel

despedía demasiado calor, lo que indicaba que se hallaba inundada por la lava ígnea, los traum fueron saliendo uno a uno.
Y en sus extrañas manos, cada uno de ellos llevaba como una gran piedra preciosa que parecía pesada a la vez que tendría un tamaño no inferior al puño de Gurdus que tenía unas manazas grandes, nada corrientes.
Aquellas piedras centelleaban de forma impresionante, y casi cegadora a la débil luz del sol que iluminaba el planeta.
En actitud humillada, los traum, cargados cada uno de ellos con una de aquellas gigantescas gemas, se acercaron a la nave.
Se inclinaron ante ella, reverenciándola, y fueron depositando lo que parecían monumentales brillantes tallados con una pulcritud digna del mejor artista tallador de gemas conocido por la civilización terrícola.
Las manos de Gurdus se pusieron sobre los hombros de Xammar al tiempo que exclamaba, sin poder disimular su júbilo:
—¡Es un tesoro, un tesoro, al fin lo hemos conseguido después de vagar tanto tiempo por entre las estrellas, al fin lo hemos encontrado y de esto no le vamos a dar ni un pedrusco a la maldita Pioneer Star Corporation!
—Sea lo que sea lo que consigamos, hemos de dar parte a la Pioneer Star —puntualizó Wei—. Tenemos un contrato y, nos guste o no, hemos de cumplirlo ya que lo firmamos.
—Pero, pero eso sería una locura —farfulló Gurdus inclinando su rostro para ver mejor la pequeña montaña que iban formando los vencidos y humillados traum con aquellas reverberantes gemas que entregaban a los terrícolas, sacándolas de su nidal donde debían de haberlas tenido bien escondidas.
—No te las prometas tan felices —dijo al fin Xammar.
—¿Por qué no? No entiendo de gemas, peno parecen brillantes de gran valor y cada uno de ellos tiene mil quilates por lo menos.
—No son brillantes puros —objetó Wei—, son otra cosa. Quizá sí sean brillantes, pero con un tipo de cristalización y mezcla desconocido para nosotros los terrícolas.
—Sí, ha de ser un tipo de piedra preciosa que nosotros no conocemos —corroboró Xammar—, Jamás he visto brillar una piedra preciosa tanto como éstas. No se puede mantener la vista fija en ellas, ciegan pese a que la luz que reciben de la estrella sol es muy débil.
Wei opinó:
—Diría que ejercen un efecto multiplicador de la luz que reciben. Habría que hacer un análisis cristalográfico y de reverberación.
—¿Puedes hacerlo?
—Sí, ¿por qué no? —aceptó Wei.
—¡Ahora sí somos ricos! —gritó Gurdus cuando ya los traum depositaban la última de aquellas valiosísimas gemas de origen

desconocido.
Luego, tras inclinar todo su cuerpo en señal de acatamiento, se retiraron al interior de su nidal. Aceptaban la derrota con aquella devolución, ya que nada podían contra los supuestos dioses llegados de las estrellas, los dioses qué parecían proteger a los habitantes del valle,
—Esas piedras son el espejo del sol.
—¿Cómo? —interrogó Gurdus, parpadeando ostensiblemente.
—Sí, esos brillantes tallados, aunque no sean iguales a los que tenemos en nuestro planeta porque quizá no sean carbono puro sino que la cristalización tiene alguna mezcla que aún los hace más bellos y brillantes, ejerciendo una función multiplicadora de la luz que reciben, todas esas piedras juntas formaban el espejo del sol. Hay que colocarlas de nuevo en el lugar del que fueron arrancadas por los traum.
—¿Quieres decir que hay que engarzarlas en lo alto de la montaña negra?
—Sí.
—No, no cometeremos esa locura, ¿verdad? —balbució Gurdus aterrado ante la posibilidad de ver escapar de entre sus manos a la fortuna una vez más.
—¿Te gustaría ser rico a costa de la vida de todo un pueblo? Si te llevas esas piedras, y puedes hacerlo con sólo cargarlas en la nave y alejarte de este planeta, los habitantes del valle morirán lentamente hasta que el genocidio sea completo. Te pagarán muy bien esas piedras preciosas, por unos diamantes cósmicos seguro que jamás se habrá pagado un precio tan alto, pero ¿podrás dormir pensando en los habitantes de un valle que habrá desaparecido, un valle que quedará desierto y en el que jamás volverá a florecer la vida?
—¡Por un millón de meteoritos asesinos! —rugió Gurdus—. ¿Es que quieres destrozar mi conciencia?
—No, Gurdus, lo que pretendo es que no anules tu conciencia pensando sólo en tu codicia.
Gurdus lanzó un fuerte resoplido. Luego, miró a Wei y le preguntó:
—¿Tú qué opinas?
—Que Xammar tiene razón. Estas piedras no nos pertenecen y debemos colocarlas en el lugar del que fueron arrancadas.
—Has ganado, Xammar. Está bien, hagamos el gesto, pero rápido o me temo que no podré evitar quedarme con uno de esos pedruscos.
—Bajaremos a buscarlos y los cargaremos en la nave.
—Quédate aquí, Xammar —le pidió Wei—. Hasta ahora casi todo lo has hecho tú. Descansa , te lo tienes merecido.
Gurdus y Wei descendieron de la nave y se acercaron al montón de cegadoras piedras preciosas.

—Es increíble —opinó Wei—. Parece que reverberan toda la gama de rayos solares. La obtención de estos diamantes no conocidos por nosotros sólo puede deberse a una tecnología muy superior a la nuestra. Alguien que no es de este planeta ayuda a los habitantes del valle; alguien les hizo este regalo y gracias a él los habitantes del valle sobreviven y evolucionan. Quizá algún día, cuando tengan una tecnología superior, ellos mismos hagan habitable el resto del planeta.
—Sí, pero... La verdad, me gustaría saber cuánto pagarían en el planeta Tierra por uno de estos pedruscos.
—No hay mujer que resistiera llevarlo colgado de su cuello o encima de su cabeza. Aparte de que pesan demasiado, impedirían que nadie se les acercase, brillan demasiado.
Cargaron las grandes gemas en la nave y después, el propio Xammar puso en marcha los motores.
La nave interestelar se elevó en vertical y luego se desplazó en horizontal. Voló hasta el gran picacho negro y se detuvo frente a él, casi tocándolo.
—Ahora hay que trabajar. Wei, tú eres el especialista en estas piedras. Vigila que queden colocadas de la mejor forma para que recojan el máximo de luz del sol.
La escalerilla automática se desplazó hasta quedar dentro de la cavidad cóncava por la que descendieron.
Piedra a piedra, las colocaron en sus engarces y los tornillos de palometa fueron girados hasta sujetar bien las valiosísimas gemas, de tal forma que quedaron inmóviles sin posibilidades de caer y una pegada a la otra.
El trabajo de colocación duró casi cuatro horas, pues Wei, exigente y meticuloso, vigiló que cada una de las piedras encajara en su lugar correspondiente. Al fin, la tarea quedó concluida, pero Wei objetó:
—Faltan dos, no las han devuelto todas.
Xammar retiró la nave que se había mantenido quieta en el aire gracias a la potencia de sus motores antigravitatorios. Al apartarse, dejó al descubierto la amplia cavidad cóncava que se hundía en la cumbre de la montaña negra. Fue entonces cuando la débil luz del sol incidió en el conjunto de piedras preciosas colocadas sabiamente por quienes las habían montado allí hacía ya mucho tiempo.
Tuvieron que cerrar los ojos, deslumbrados, aquello era un espejo jamás visto.
Era como si el mismísimo sol se hubiera incrustado allí dentro, pero era un sol más luminoso que el propio que enviaba la luz que allí se concentraba y multiplicaba por la acción de unos principios físicos no conocidos aún por la tecnología terrícola.
—Mirad el valle —pidió Xammar.
Efectivamente, el valle parecía haberse iluminado de pronto. Los

colores subieron de intensidad, el río semejó de plata. Y como si fuera un símbolo de buen augurio, lejos, muy lejos, por encima de uno de los bosques, se elevó una bandada de pájaros.
—Tenías razón, Xammar —suspiró Gurdus—. El espejo del sol les pertenece a ellos. Si fue el regalo de lo que ellos llaman unos dioses llegados de las estrellas como nosotros, no tenemos ningún derecho a arrebatárselo para que toda su civilización desaparezca.
Xammar hizo descender la nave hacia la gran terraza donde aguardaba el rey Frixo. Wei enfocó a la gente allí reunida con la telecámara y pudieron verlos en la pantalla de T.V.
—No podemos evitarlo pero parece que nos veneran —comentó el chino.
—De nada serviría tratar de convencerles de que no somos dioses sino seres humanos procedentes de otro planeta —objetó Xammar.
—¿Qué haremos ahora?
—Marcharnos. Nos tendieron una mano cuando nos hacía falta y nosotros también la hemos tendido a quien la necesitaba. Por cierto, no creo que entre varios cientos de brillantes se noten a faltar dos...
Entregó uno a Wei y otro a Gurdus que lo tomó con mucho interés aunque luego preguntó:
—¿Y el tuyo, Xammar?
—No, yo no quiero ninguno.
Wei, más profundo, musitó:
—Yo sé bien lo que hubiera deseado en vez de una de estas piedras preciosas, lo sé muy bien.
—No la nombres, por favor. Prefiero pensar que ha sido una ilusión.
La nave terrícola perforó la atmósfera del planeta Zyzyn y saltó al espacio cósmico.
De pronto, una voz penetró en la nave a través del sistema de telecomunicación.
—Terrícolas, ¿podéis oírme? Atención, terrícolas, ¿podéis oírme? Os llamo desde la Taz-22, os llamo desde la Taz-22.
Wei miró a Xammar preocupado. Este, pálido, murmuró:
—Esa voz la reconozco... —casi con voz trémula tomó el micrófono. Abrió el canal de respuesta y llamó—: Eskada, Eskada, ¿eres tú?
—Sí, soy yo.
—¿Por qué, por qué te hiciste pasar por una mujer del valle, porqué? ¡Dímelo!
—Yo viajo sola en la Taz-22 con mis robotoides, no podía deciros nada. Sabía que los habitantes del valle en el planeta Zyzyn estaban en dificultades porque les había sido robado el espejo del sol, ese conjunto de piedras preciosas que vosotros habéis colocado de nuevo en su sitio tras recuperarlas. Estaba segura de que lo haríais, no me habéis fallado.

—¿Fuiste tú quien les regaló ese espejo del sol a los habitantes del valle de ese desconocido planeta?
—Yo no, fueron los míos. Pertenezco a un planeta muy lejano del que ni habéis oído hablar. Solemos ayudar a las civilizaciones que están en peligro de extinción pero no intervenimos en los problemas que surgen entre dos civilizaciones distintas de un mismo planeta. Es una norma que respetamos todos los que estamos integrados en la Confederación Galáctica a la que en breve, quizá en el próximo milenio, vosotros los terrícolas también pasaréis a ser miembros, ya que vuestra evolución os lo permite.
—Al no querer intervenir tú en el pleito entre los traum y los habitantes del valle, nos has empujado a hacerlo a nosotros.
—Os ayudé pero erais libres de ayudar o no a los habitantes del valle. Si os hubierais llevado las piedras preciosas que brillan, yo no os habría atacado, no llevo armas de ataque, sólo de defensa. Mi misión es tender la mano a quien lo necesite dentro de la Galaxia.
—Hemos hecho lo que deseabas —le dijo Xammar con voz ronca— pero yo necesito de ti, diosa Eskada.
—¿Tú, precisamente tú, precisas de mi ayuda?
—Sí.
—¿Y qué puedo hacer por ti?
—Dejar que vaya a tu nave, que viaje contigo para siempre a través de los espacios interestelares.
—Xammar —respondió ella con voz trémula— lo que pides quizás te impedirá regresar para siempre con los tuyos al planeta Tierra.
—No me importa. Déjame viajar contigo y los dos podremos ser felices. Si tu misión es ayudar a quien lo necesite, yo te ayudaré a que tu empeño salga adelante. Eso sí, tendrás que programar a tus robotoides para que no me muerdan.
—Tonto... —tras una breve pausa cargada de emoción, Eskada dijo:
—Aproximaré mi nave a la vuestra, posaos sobre ella. Te estaré esperando, Xammar.
La nave terrícola, tras detectar a la Taz-22, inició la aproximación hasta que se posó como la vez anterior sobre la nave de Eskada, muchísimo mayor, pues su volumen sería veinte veces superior a la nave de los terrícolas.
—Todo lo mío podéis quedároslo —dijo Xammar a sus compañeros.
Les tendió la mano en señal de amistad eterna. Las diestras se estrecharon con emoción y, poco después, vestido con el traje de supervivencia, Xammar abandonaba la nave en la que tanto había viajado a través de las estrellas.
Anduvo sobre la Taz-22 y se acercó a la cabina ascensor que había de introducirle en la nave donde le esperaba Eskada.
Se volvió hacia sus compañeros, agitó la mano en señal de despedida

y se introdujo en la cabina que comenzó a descender. El terrícola Xammar había decidido cambiar el rumbo de su vida.

FIN